



Manuel Bretón de los Herreros

María Estuarda

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel Bretón de los Herreros

María Estuarda

PERSONAJES

ISABEL, reina de Inglaterra.

JORGE MORTIMER.

MARÍA ESTUARDA, reina de Escocia.

SEIMUR.

ANA KENEDI.

CRIADOS de María de ambos sexos.

ROBERTO DUDLEY, conde de Leicester.

EL SHERIFF DEL CONDADO.

CECIL, barón de Burleigh.

GUARDIAS.

MELVIL, lord escocés.

PAJES.

AMIAS PAULETO, gobernador del castillo de Fotheringay.

ESCUDEROS.

La escena es en Inglaterra (1587) en el castillo de Fotheringay. El primer acto y el quinto en la habitación de MARÍA; los restantes en un salón con vistas a los jardines de Fotheringay.

Acto I

Escena I

ANA. PAULETO.

(Dos criados atraviesan el teatro con una cajita y papeles.)

ANA

¡Ah! por piedad, a mis humildes ruegos

no de bronce seáis. Cuando arrancada

del fuerte de Talbot en esta torre

vino a esconder María su desgracia

¿de menos dura esclavitud en vano
5

concebimos la plácida esperanza?

¿Vos de sus implacables enemigos

instrumento seréis? Aquí postrada [54]

su fiel nodriza por su Reina os pide.

PAULETO
Señora, alzá...

ANA
10 Volvednos esas cartas,

esas cartas, señor, de sus desdichas,

de su luengo penar depositarias,

y esa real diadema que en su frente

brilló un tiempo de lises adornada,

y los hermosos días le recuerda

15

en que fue de los galos Soberana.

¿Le negaréis también este consuelo?

PAULETO

Órdenes tengo; mi deber lo manda.

ANA

¡Bárbara humillación! ¡Horrendo crimen!

El tenebroso horror de esa muralla
20

impenetrable al sol ¿a quién podría

anunciar de una Reina la morada?

¡A tanto mal la destinaba el cielo

cuando en los días de su tierna infancia

la corona ciñó, con regia pompa

25

en la corte de Médicis criada,

y esperanza y honor de tres naciones

Reina fue de Inglaterra, Escocia y Francia!

PAULETO

¿De Inglaterra?...

ANA

¿Qué digo? He aquí su crimen

y la ocasión fatal de sus desgracias.

30

¡Nunca heredara tan funesto nombre!

Sus derechos al trono de Bretaña

son sólo su delito.

PAULETO

¿Y qué derechos

para aspirar al cetro la acompañan?

La corona real de Enrique Octavo
35

¿pudo ceñir jamás sin usurparla?

Del trono paternal ¿pudo sin crimen

feroz ardiendo la discordia insana

lanzar a la legítima heredera

y del estado renovar las llagas?
40

¿Cuál de Bretaña, ¡oh Dios! fuera la suerte

si reinase María? La inhumana

para afianzar su criminal victoria

al poder del francés nos entregara.

¿Por qué, decid, los pactos de Edimburgo
45

despreciar delirante? ¿Por qué causa

no abandonar quiméricos derechos

y sus grillos romper? Sin duda aguarda

conquistar la Inglaterra armando al orbe

desde el oscuro centro de este alcázar.
50

ANA

¿Qué decís! Sin socorros, sin amigos,

dentro de estas paredes solitarias,

¿cómo tal intentar, ni qué temores

infundir a Isabel?

PAULETO

¿Qué! su arrogancia,

su fiera obstinación ¿acaso ignora?

55

Desde el horror de su cerrada estancia

¿no supo armar del regicida acero

de Babington la diestra temeraria?

Norfolk, en fin, Norfolk, ese valiente

que la Inglaterra entera idolatraba,
60

por conquistar la mano de María

¿no rindió a los verdugos su garganta?

¿Y su muerte bastó? De cien ingleses

la noble sangre los cadalsos baña,

que de morir por ella conspirando
65

se disputan fanáticos la palma.

¡Ah! maldición al execrable día [55]

en que, a turbar con sus funestas gracias

la paz de tantos pueblos, hollar pudo

el suelo inglés la fugitiva Estuarda!
70

ANA
¡Desgraciada!

Escena II

MARÍA. ANA. PAULETO.

ANA
Señora, a nuevos males

el alma prevenid. Sin que alcanzaran

mis lágrimas piedad, vuestros escritos

en este mismo instante os arrebatan,

y la real diadema, único resto
75

del antiguo esplendor de Soberana.

¡Todo lo habéis perdido!

MARÍA

Enjuga el llanto.

A esos vanos adornos puede el alma

sin pena renunciar. Ni ellos me dieron

el título de Reina, herencia santa
80

que sólo el cielo nos concede. El hombre

nos oprime tal vez; no nos degrada.

Tan triste obligación repugna acaso

a vuestra sangre y venerables canas;

lo sé, y os compadezco. Mas, Pauleto,
85

entre esas cartas que arrancarme os mandan,

no sé si vuestra Reina o sus ministros,

un escrito hallaréis que yo intentaba

a Isabel dirigir. De vos espero

que le será entregado sin tardanza.
90

PAULETO
Cumpliré mi deber.

MARÍA

Con insolencia

sus vasallos me juzgan. De tamaña

humillación herida, solicito

que me oiga vuestra Reina. ¡A sus miradas

voy a ofrecerme por la vez primera!

95

A pesar del rencor con que me agravia,

igual en título y en sexo,

verá en mí una mujer, verá una hermana,

verá en fin una Reina.

PAULETO

Adiós, Señora.

MARÍA

¿Partís, Pauleto? ¡Oh cielo! ¡Y en la amarga
100

incertidumbre me dejáis de nuevo!

¿No sabré yo la suerte que me aguarda?

De esta prisión en el recinto oscuro,

¡triste de mí! del mundo separada,

en mis oídos el humano acento
105

se niega a resonar. En este alcázar

un tribunal terrible se congrega

para escucharme y sentenciar mi causa.

Su aspecto me aterró. Mal de mi grado

a su presencia parecer me mandan

110

sola, sin defensor, a mi inocencia,

a mi sola inocencia abandonada.

Pasose un largo mes, y en torno mío

aterrador silencio todos guardan.

¿Cuál es mi suerte en fin?... Hablad.

PAULETO

Señora,

115

en Dios pensad.

MARÍA

Me anima la esperanza

de que ve mi inocencia, y el sendero

sabrá mostrar a la justicia humana. [56]

PAULETO

A todos guarda el premio merecido.

MARÍA

¿Nada sabéis del Parlamento?

PAULETO

Nada.

120

MARÍA

¿Mi suerte se fijó?

PAULETO

No sé.

MARÍA

Los Pares

¿osarán condenarme?

PAULETO

No sé.

MARÍA

Basta.

Nada, Pauleto, sorprenderme debe.

Conozco a vuestra Reina.

Escena III

MARÍA. ANA. PAULETO. MORTIMER.

MORTIMER

En la cercana

habitación, señor, para dictaros

125

preceptos de la Reina un lord os llama.

PAULETO

Mortimer, ya te sigo.

(MORTIMER se retira sin dar a entender que ha reparado en MARÍA.)

MARÍA

Mi presencia

algún respeto a Mortimer demanda.

Recordadle un deber que desconoce.

Bien que me oprima esclavitud tirana,
130

aún soy Reina, Pauleto. A vigilarme

¿también su ardiente celo se consagra?

PAULETO

No lo temáis, Señora: es caballero,

es deudo mío, es hijo de mi hermana.

Hoy de nuevo, la Francia abandonando,
135

en el nativo hogar su huella estampa.

Bien puedo descansar en su nobleza

si encomendarle quiero vuestra guarda;

que para seducirlo vano el llanto,

vano fuera el poder de vuestras gracias.
140

ANA

¡Cruel!

Escena IV

MARÍA. ANA.

MARÍA

Harto en los días de mi gloria

me halagó la lisonja cortesana:

hoy es justo tal vez que en la miseria

me resigne a escuchar tales palabras.

ANA

¡Ah, Señora!

MARÍA

Ocultártelo no debo.

145

Entre esas letras que el furor me arranca,

¡no sé, infeliz! si el nombre de Leicester

estampó alguna vez mi mano incauta.

Sabrás Isabel nuestra amistad secreta.

ANA

¡Yo tiemblo!

MARÍA

Acaso mi sospecha vana

150

es hija del terror; mas, ¡ay! no puedo

esta duda fatal lanzar del alma.

ANA

Se acerca Mortimer y nos escucha. [57]

Escena V

MARÍA. ANA. MORTIMER.

MORTIMER
(A ANA.)

Retiráos, señora.

MARÍA
¿Quién lo manda?

No te apartes de mí.

MORTIMER
Leed, Señora,
155

y me conoceréis.

(Presenta a MARÍA una carta. Ella la mira con sorpresa.)

MARÍA

¡Oh Dios!

MORTIMER

(A ANA.)

Dejadla

breves instantes sola.

MARÍA

Vete, y cuida

que nadie nos sorprenda.

Escena VI

MARÍA. MORTIMER.

MARÍA

¡Ah! ¿no me engañan

mis ojos? ¿será sueño? ¿en vuestra mano

del mejor de mis deudos una carta?

160

¡Del cardenal de Guisa! ¿Qué me anuncia?

¡Hablad! ¡hablad! A mi prisión amarga

un ángel os conduce.

MORTIMER

Perdonadme

si el celo que a serviros me consagra

de aborrecible máscara me cubre.

165

Mal besara sin ella vuestras plantas.

MARÍA

Levanta, Mortimer. ¡Oh regocijo!

¡Oh bien que no cabía en mi esperanza!

Mas ¿cómo el justo cielo...?

MORTIMER

El cuarto lustro

aún no cumplido bien, a Roma, a Francia,
170

la juvenil curiosidad me impele,

y lejos vuelo de mi dulce patria.

Llego al Louvre: conozco al gran prelado

defensor de la iglesia sacrosanta,

de vuestra madre augusta hermano y guía,
175

y del estado indómita muralla.

Cual amoroso padre me recibe.

De entre sus labios la verdad sagrada

a mi ofuscado corazón desciende,

y los dogmas heréticos arranca.
180

¡Tan grande era el poder de la elocuencia

que el Dios por quien combate le inspiraba!

MARÍA

¡Oh quién te viera, venerable Guisa!

MORTIMER

Absorto un día de su regio alcázar

contemplando la pompa, en un retrato
185

se detiene mi vista embelesada.

«No sin razón tu pecho se conmueve,

díjome el cardenal. Víctima infausta

de la ambición soberbia, esa infelice

cuya imagen te admira y arrebatada
190

por no abjurar la fe de sus mayores

dura cadena en Albion arrastra.»

Entonces vuestras penas me refiere; [58]

vuestras virtudes; que la estirpe clara

en vos alienta de Tudor; que impía
195

os ha usurpado la diadema sacra

la que en tálamo adúltero naciera,

y aún su crueldad horrenda no se sacia.

Mas ¡cuál fue mi contento cuando supe

que el austero Pauleto aquí os guardaba,
200

aquí donde pacíficas crecieron

las rápidas auroras de mi infancia!

Paréceme que Dios mi brazo elige

para romper los grillos que os ultrajan.

Mi alto designio al cardenal revelo;
205

lo aprueba, ufano parto, me acompaña

su bendición por los hinchados mares,

y al fin saludo de Albion la playa.

Yo os vi, Señora, en el dorado lienzo

bosquejo débil de hermosura tanta,
210

y gemía por vos. Ahora que os hablo,

no ya callada sombra, ahora que blanda

resuena vuestra voz en mis oídos,

¿qué no haré yo por vos, divina Estuarda?

No sin causa la bárbara Isabela
215

en estos muros cautelosa os guarda.

Si en la negra mansión abominable

donde os sepulta la traición nefanda

todos a su legítima Señora

como yo venturoso contemplaran,
220

a combatir, a perecer por ella

¡cuál te alzarías, juventud britana!

MARÍA

¿Lo crees tú, Mortimer?

MORTIMER

¿Qué caballero

ciñera en vano fulminante espada,

testigo del valor incomparable

225

con que arrostráis, María, la desgracia?

Respirad. Doce jóvenes valientes

de la primer nobleza en la Bretaña

restituiros a la iglesia, al trono

juraron ya sobre la Biblia Santa.

230

El español Filipo nos protege.

Nuestro es el galo embajador. Mañana

a su palacio todos...

MARÍA

¡Ah! yo tiemblo.

¡Cuál os ciega quimérica esperanza!

¿A Isabel no conoces? ¡Desdichado!

235

Mil suplicios a todos amenazan.

MORTIMER

Y vos ¿sabéis, Señora, a qué destino

ha jurado arrancaros nuestra audacia?

MARÍA

¡Qué! ¿se ha dictado ya la atroz sentencia?

MORTIMER

La sentencia que os pierde y nos infama

240

pronto os anunciarán. Artificiosa

y acusando a las leyes de inhumanas,

aún Isabela vacilar parece.

MARÍA

Mortimer, lo he previsto. ¿Me preparan

lenta muerte en oscuro calabozo?

245

MORTIMER

No. ¡Gran Dios! el suplicio...

MARÍA

¡Y tal infamia,

y tanto crimen sufrirá la tierra!

¡Y sin tronar la omnipotente saña

verá caer en bárbaro suplicio

una frente tres veces coronada!
250

MORTIMER

¡Oh si dudarlo me otorgara el cielo!

MARÍA

No, Mortimer. Si el Parlamento falla,

ejecutar la ley toca a la Reina, [59]

y de tamaño golpe la importancia

desconocer no puede. ¿A qué mi muerte?
255

A sus designios el amago basta.

Proscripta mi cabeza, ya no duda

que a mis parciales el terror abata.

Isabel me aborrece, y bien quisiera

mi fin apresurar su oculta rabia;
260

pero es amante de la gloria, y nunca

con tal borrón denigrará su fama.

MORTIMER

¡Oh cielo!

MARÍA

Verá al menos su peligro

si en mi sangre una vez fiera se baña.

MORTIMER
¿Y esperáis...

MARÍA
265 ¡Qué! ¿feroz no volaría

todo el pueblo francés a mi venganza?

MORTIMER
Si vil segur vuestra garganta siega,

podrá arrancaros de la tumba helada

el galo vengativo? Augusta mártir,

Lorena, Dios, mi honor, la misma Francia,
270

el deber me prescriben de salvaros.

Aceptad...

MARÍA

No. Tu empresa temeraria

reprueba mi dolor. ¿A qué sin fruto

aventurar la vida por mi causa

tan noble juventud? Burleigh acaso
275

ya un delator entre vosotros paga.

Huye, bizarro joven, si aún es tiempo;

abandona esta isla depravada.

A cuantos han osado defenderme

funesta ha sido mi tenaz desgracia.
280

MORTIMER

No, que adquirieron inmortal renombre.

Dicha es morir por vos en la demanda.

Su suerte envidio.

MARÍA

¡Oh Dios! De mis contrarios

¿quién eludir podrá la vigilancia?

MORTIMER

Yo.

MARÍA

Tan sólo un mortal salvarme puede.

285

MORTIMER

¿Quién?

MARÍA

Leicester.

MORTIMER

¿Qué escucho! ¿El que la trama

sólo tejió del infortunio vuestro?

Privado de Isabel...

MARÍA

De entre sus garras

Leicester sólo libertarme puede.

Si el noble celo que por mí te inflama
290

es constante y veraz, vuela en su busca:

sin temor tu designio le declara,

y porque de tu fe dudar no pueda

preséntale este anillo.

MORTIMER
(Lo toma.) Mas no alcanza

la mente mía...

MARÍA
En breve tus recelos
295

Leicester calmará.

MORTIMER
Leicester...

MARÍA
Calla.

(A ANA, que llega presurosa.)

¿Quién se acerca?

ANA
Burleigh.

MORTIMER

El cielo santo

os dé valor.

MARÍA

Me da la noble calma,

la dignidad que inspira la inocencia. [60]

Escena VII

MARÍA. PAULETO. BURLEIGH.

BURLEIGH

No sin dolor aquí guía mi planta
300

del tribunal decreto irrevocable.

¡Ministerio funesto para un alma

sensible a la piedad! Pero el estado

tal sacrificio de mi honor reclama.

Su sentencia...

MARÍA

Callad. Sea cual fuere,

305

no la escucho. Ni puedo sin infamia

de tales jueces someterme al fallo.

Milord, soy extranjera y Soberana.

Al más oscuro ciudadano otorgan

vuestras leyes benéficas la gracia
310

de que sus jueces sus iguales sean;

mas yo no las invoco, no. En Bretaña

mis jueces ¿dónde están? ¿do mis iguales?

Sólo pudieran serlo los Monarcas.

BURLEIGH

Perdonad. Ya es tardía vuestra queja.
315

Al tribunal que vuestra lengua infama

sumisa ya...

MARÍA

¡Jamás! ¿Y qué justicia,

aunque fuese capaz de mengua tanta,

podiera yo esperar del Parlamento?

Vil interés le rige y le avasalla.

320

El mismo Dios, sacrílego, somete

al humano poder. Ya su inconstancia

por cuatro veces bajo cuatro imperios

osó cambiar el culto de las aras.

Mas doy que la equidad sea su norma,

325

doy que a vos mueva sólo de la patria

el sagrado interés y los derechos

de la que Reina de Albion se llama.

¿Osáis, decidme, prometer justicia

a mí, nacida en religión extraña
330

y en extraño país? De entrambos reinos

¿ya olvidasteis la lucha hereditaria?

¡Ay! destinada me creyera un día

de cuatro siglos a extinguir la saña

que del britano al escocés divide.
335

Cual Richemundo, un héroe de mi raza,

uniendo en su persona los derechos

de la purpúrea Rosa y de la blanca,

por siempre en este suelo que me oprime

la intestina discordia terminara;

340

yo esperaba también sobre mis sienes

reunir dos coronas adversarias,

y que entera esta isla bajo un cetro

feliz viviese en eternal alianza.

BURLEIGH

Dígalo quien os ve de la discordia

345

aquí agitar la tea sanguinaria,

proscribir nuestro culto, nuestra Reina...

MARÍA

¡Oh impostura! Cesad. Vuestras palabras

a Dios, milord, y a la justicia insultan.

BURLEIGH

Y ¡qué! ¿podéis la delinciente trama
350

de Babington negar? ¿Niega María

que desde su prisión las diestras arma

de fanáticos viles asesinos?

Vuestros criados mismos lo declaran.

MARÍA

Si a tal extremo mi desdicha llega

355

[61]

que sin fe y sin conciencia me difaman,

¿por qué no comparecen a mis ojos?

¿Por qué un derecho que al delito alcanza

negáis a la inocencia? El Parlamento

dictó no ha mucho un bill, si no me engaña
360

vuestro lord canciller, do se consiente

que el acusado al delator combata.

Bien que enemigo mío, sir Pauleto,

incapaz os confieso de falacia.

Hablad: ¿rige esta ley entre vosotros?
365

PAULETO
No lo niego.

MARÍA
¿Lo oís? Si de Bretaña

es fuerza que a las leyes me someta,

¿por qué no respetáis las que me amparan?

BURLEIGH
La prueba de otros crímenes...

MARÍA
¿Es eso

responderme, Burleigh?

BURLEIGH
Por vos la España,
370

por vos todos los Reyes de la Europa

sangrientas lides al inglés preparan.

MARÍA

Bien pudiera excitarlos a la guerra

con más derecho que Isabel tirana

para prenderme tuvo. Por ventura
375

¿vino a invadir María estas comarcas?

A sus brazos me acojo suplicante,

vengo a implorar auxilio de una hermana;

y cadenas me forja. A quien aleve

de la hospitalidad la ley quebranta
380

¿me liga algún deber? Si concibiera

de quebrantar mis hierros la esperanza,

si armase en mi favor a todo el orbe,

¿cuál es el recto juez que me culpara?

¿Cuándo, decidme, con mayor derecho
385

se invocó la fiereza de las armas?

BURLEIGH

No es sin ejemplo ya que el menos fuerte

de un derecho fatal víctima caiga.

MARÍA

Débil soy, es verdad, contra Isabela.

Triunfe pues su poder. ¿Por qué retarda

390

mi suplicio signar si lo ha jurado?

Mas no atestigüe la justicia santa

cuando sólo en su pecho fementido

la torpe voz de las pasiones habla.

El hipócrita velo al fin descorra
395

a su ambición, a su crueldad innata.

Confiese que a María su Senado

puede dar muerte alevé...; no juzgarla.

Escena VIII

BURLEIGH. PAULETO.

BURLEIGH

Pauleto, ¡qué altivez!... Ella no ignora

que en signar la sentencia deseada
400

Isabel indecisa titubea;

y aún triunfar imagina la insensata.

¡Qué sañosa mirada amenazante

me ha lanzado al partir! Mas su arrogancia

no intimida a Burleigh. Noble Pauleto,
405

perezca una extranjera temeraria.

PAULETO

El brazo de la ley pese sobre ella.

Mas mi labio, Burleigh, jamás disfraza [62]

la severa verdad. Bien que culpable,

en duras quejas su dolor exhala
410

no acaso sin razón. Esos testigos...

BURLEIGH

No los verá. Entre el llanto y las plegarias,

el ascendiente de su regia cuna,

Pauleto, a desmentirse los forzara.

PAULETO

Mas ¿qué dirá, Burleigh, de tantos argos
415

enemigos de Albión la lengua osada?

BURLEIGH

¡Oh si antes de pisar nuestras arenas

hubiera dado término la parca

a su vida fatal!

PAULETO

¡Pluguiera al cielo!

BURLEIGH

Naturaleza al menos excusara
420

su muerte a nuestras leyes.

PAULETO

Y a Inglaterra

los males, oh Burleigh, que le amenazan.

BURLEIGH

Mas ¿qué digo, Pauleto? Aún fenecida

en lecho amigo, en extranjera playa,

verdugos nos llamara la calumnia.

425

PAULETO

No temo yo murmuraciones vanas

si reposa incorrupta mi conciencia.

BURLEIGH

Y... si una mano sigilosa y cauta

diera a su vida fin, ¿qué testimonio

del vulgo las sospechas confirmara?

430

PAULETO

Milord, si es justo el golpe ¿a qué en tinieblas

fulminarlo una diestra mercenaria?

BURLEIGH

Si la justicia o la crueldad castiga

no examina jamás plebe insensata.

Mal tolera el rigor. Al débil siempre
435

acriminar al poderoso agrada.

Tal vez cuando castiga un soberano,

bien que murmure, sometido calla.

Como sexo más dulce y compasivo,

le indigna, aún justa, en la mujer la saña,
440

y poco aterra femenil coyunda.

Yo temo que Isabel si el vulgo clama...

PAULETO

El perdón... a María...

BURLEIGH

No. Ya es tarde.

O en la sangre se tiñe de su hermana,

o sucumbe Isabel. He aquí el tormento
445

que su angustiado corazón desgarrá

y tenaz le persigue noche y día.

En vano mudo el labio lo recata;

que yo en su rostro perspicaz lo leo.

Elocuentes me dicen sus miradas:
450

¿Por qué un súbdito fiel al pecho mío

la cruda alternativa audaz no arranca

de abandonar mi sangre a los verdugos

o mi pueblo infeliz a guerra infanda?

PAULETO
Y ¿quién será?, decid...

BURLEIGH
Aún de Isabela
455

brazos valientes el poder acatan.

Si... sagaces...

PAULETO

(¡Oh cielos!)

BURLEIGH

El lenguaje

de un tácito precepto interpretaran...

PAULETO

(¡Qué oigo!)

BURLEIGH

Si cuando el crimen horroroso

en sus manos entrega la venganza
460

no le guardasen cual sagrada joya...

PAULETO

El nombre de Isabel, su augusta fama

es joya inapreciable do Pauleto

jamás imprimirá tan torpe mancha. [63]

BURLEIGH

La Reina al confiaros su custodia

465

creyó...

PAULETO

Creó sin duda que a mis canas

en la equidad y en el honor crecidas

dignamente otra Reina confiaba.

Lejos de mí pensar que me repute

capaz de una bajeza tan villana.

470

BURLEIGH

Sola una ley, Pauleto, honor impone,

el verdadero honor, a quien lo abraza;

ser al estado fiel más que a sí mismo.

Tal vez con la apariencia de la infamia

se cubre alta virtud. Si vuestra mano
475

el saludable golpe no descarga,

permitid que otra sea...

PAULETO

¡Milord! nunca

hollará un asesino mi morada.

Mientras Pauleto a la Escocesa guarde

libre respira de alevosa daga.
480

La ley pronuncie. Si en cadalso horrendo

debe dar al cuchillo la garganta,

lean mis ojos la fatal sentencia,

y se abrirán las puertas de este alcázar.

En tanto, como noble caballero
485

la senda sigo que el deber me traza,

y al par que de ella mi lealtad responde

de vos respondo a la infeliz Estuarda.

Acto II

Escena I

LEICESTER. PAULETO. SEIMUR. Varios señores del séquito de ISABEL en el foro.

LEICESTER
(A PAULETO.)

Sí, la Reina se acerca, que la caza

hasta Fotheringay lleva sus pasos.

Aquí un momento reposar desea.

Ordenad su hospedaje y, fiel vasallo,

a su encuentro salid.

Escena II

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER

Seimur, yo triunfo.

5

Hoy de la Reina conseguir aguardo

que a su cautiva infortunada vea.

Su guardia se prevenga, y vos en tanto,

decidido, sagaz, en estos muros

a mi primer aviso preparaos.

10

SEIMUR

Todo os lo debo; honor, vida, riquezas.

Con mi celo contad.

LEICESTER

En él descanso. [64]

Escena III

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER

Solo está.

LEICESTER

Tal vez hoy, bella María,

el término verás de tu quebranto.

MORTIMER
Milord...

LEICESTER
¿Qué me queréis?... Mas vuestro rostro...
15

¡Oh Mortimer!

MORTIMER
La ausencia de cinco años...

LEICESTER
¡En Inglaterra vos!

MORTIMER
Son pocos días

que vi de nuevo los nativos campos.

LEICESTER
Mas vuestra turbación... ¿De dónde nace

ese inquieto mirar?

MORTIMER

(Se acerca a la puerta principal, observa, y vuelve al proscenio.)

Solos estamos.

20

LEICESTER

¿Por qué tanto secreto?

MORTIMER

Nos conviene.

LEICESTER

¿Qué me queréis decir?

MORTIMER

Este palacio

mansión es de una Reina prisionera;

de la mísera Estuarda.

LEICESTER

Mas...

MORTIMER

¿Hablaros

puedo con libertad?

LEICESTER

¿Y en vos, decidme,

25

puede fiar Leicester?

MORTIMER

Prenda os traigo

de mi fe. Vedla aquí.

(Muestra el anillo.)

LEICESTER

¡María! ¡Oh cielos!

Bajad la voz. Pudieran observarnos.

MORTIMER

Ella me envía a vos. Entre nosotros

quiere que de su suerte decidamos.

30

Puedo verla, milord; puedo instruirla

de los designios vuestros. Mas no alcanzo

cómo Leicester que su muerte ansiaba,

aquel Leicester de Isabel privado,

juez de María y opresor sangriento,

35

es en quien busca la infeliz amparo.

LEICESTER

Mortimer... Mas decidme, a su partido

¿cuál oculto interés pudo ligaros?

MORTIMER

¿Cuál interés? El que a la Francia mueve

por la que fue su Reina; el de su hermano,
40

el de los nobles príncipes Lorenas

que su salud confían a mi brazo;

el de la fe católica ultrajada

mientras empuñe el cetro soberano

una herética Reina, fe ardorosa,
45

origen, norte a mis designios arduos.

¿Cuál interés? El de mi cara patria

de usurpadora infiel sujeta al mando;

el de tantos amigos generosos

que por María combatir juraron,
50

sin otro premio que morir por ella,

o de su libertad ceñir el lauro.

¿Quién sin gemir la ve, quién sin amarla

a no tener el corazón de mármol? [65]

He aquí el interés que desde el Sena
55

tornó mi planta a los hogares patrios.

LEICESTER

Dadme esa diestra, amigo. No ignoraba

que la fe del Pontífice romano

abrazasteis en Francia. Perdonadme

si en descubrirme a vos he vacilado.
60

¿De quién no desconfía el que en la corte

cercado vive de enemigos tantos?

Mas ya no dudo en vos del pecho mío

depositar los íntimos arcanos.

Mortimer, no os sorprenda mi conducta.
65

Bien que me llame el vulgo su contrario,

jamás lo fuí de la infeliz Estuarda.

¿Y cómo si algún día en dulce lazo

consagrarla esperaba mi existencia?

Sí, amigo, yo la amé, y aunque lejano
70

de su beldad a la britana corte

las leyes del destino me llevaron,

mi corazón fue suyo largo tiempo.

Mas de perpetua fe, ¿qué pecho humano

pudiera responder? Los atractivos,
75

la gloria de Isabel, su regio fausto,

sus favores en fin, nueva esperanza,

nuevo ardor a Leicester inspiraron.

¡Feliz vos que ignoráis las seducciones

que encierran en su centro los palacios,
80

y el imperio inaudito que en el suyo

ejercen de Isabela los encantos!

Orgullosa a mis ojos parecía

en todo su esplendor. Cien cortesanos

en muda servidumbre respetuosa,
85

los Reyes su alianza mendigando,

tanto amante a sus pies de regia cuna,

y todos por mí sólo desdeñados...

Árbitro yo de su brillante corte,

caudillo de sus tropas soberano,
90

joven y, lo confieso, no insensible

tal vez de la ambición a los halagos,

¿cómo triunfar en tan difícil lucha?

Cedo. Lejos de mí, me ofrece en vano

María una diadema; que al delirio

de más sublime unión sacrificando

su juventud, sus gracias, su grandeza,

mi mente elevo hasta el dosel britano.

MORTIMER

Lo sé, y a tal designio no pensaba

que hubiera ya Leicester renunciado,
100

pues tanto amiga suerte le sonrío.

LEICESTER

¡Ay Mortimer! Dos lustros necio esclavo

de esperanza falaz, ¡cuánto he sufrido

hasta que el rostro vi del desengaño!

¡Me creían dichoso! ¡me envidiaban!
105

¡Y cuál ha sido mi vivir amargo

desde que al cebo de ambición dañosa

por mi mal me arrojé! Mísero blanco

a la envidia mordaz de mis rivales,

afrentoso juguete, vil escarnio
110

de una mujer despótica y altiva,

que hoy me acaricia con risueño labio

y mañana inconstante me desprecia,

oprimido sin tregua, atormentado

no menos por su amor que por su saña...
115

¡Y cuando el fruto recoger aguardo

de mi eterno sufrir, cuando imagino [66]

el despecho colmar de mis contrarios,

el trono inglés a un Médicis promete

y huye mi dicha como el humo vano!
120

MORTIMER

Os comprendo, milord. Cuando Isabela

abate vuestro orgullo temerario,

cual marinero asido a frágil tabla

el puerto anhela en mísero naufragio,

unís vuestro destino al de María.

125

Perdéis uno, otro cetro a vuestra mano

es forzoso, Leicester. Ya concibo

cuál amor es el vuestro.

LEICESTER

Si quebranto

los hierros de María, sus derechos

puedo hacer respetar al anglicano.

130

Aunque Isabel me ultraje y me desdeñe,

más que imaginan mi poder es alto;

y sea en fin cual fuere mi esperanza,

a María de nuevo me consagro.

Yo, que pude en los días de su gloria
135

serla infiel sin baldón, hoy la idolatro.

Hoy desde el centro de oprobiosa cárcel

a mis ojos, un tiempo fascinados,

amable cual jamás parece Estuarda.

De dulce compasión el eco blando
140

acrece su beldad. Correr sus días

dolido veo en angustioso llanto,

y su infortunio la ceniza inflama

de aquel antiguo ardor mal apagado.

Siento al fin cuál tesoro inapreciable
145

perdía en ella. Mido con espanto

el hondo abismo ante su planta abierto,

y a salvarla celoso me preparo.

Mano fiel mi designio le revela

y la esperanza que en el alma guardo;
150

mi protección acepta, mi ternura,

y en ser mía consiente si la salvo.

MORTIMER

¡Vuestra! ¿Y se atreve a encomendar la vida

al más fiero y tenaz de sus contrarios?

¡La amáis! ¿Por qué del Parlamento infame
155

sufrís, apresuráis el negro fallo?

¡Desdichada, a Leicester te abandonas,

y él te conduce al hórrido cadalso!

LEICESTER

No me acuséis. A su inhumana muerte

yo he debido asentir en el Senado;
160

que mal a Estuarda del funesto juicio

podiera libertar sólo mi labio,

y el poderoso influjo perdería

de que en secreto por su bien me valgo.

Temo a Burleigh, su saña, sus sospechas,
165

mas en el alma de la Reina labro.

¿Imagináis que de Isabel la planta

hoy a este alcázar lleva el ciego acaso?

Obra mía es su viaje. Cauteloso

dignos parciales del linaje Estuardo
170

en su brillante séquito confundo.

Murray, Seimur, Melvil, aquel anciano

noble escocés cuya virtud austera

por María combate sin descanso.

Bien que escocés y súbdito de Roma,
175

tal vez suele la Reina consultarlo;

que no teme traición en quien su sangre

libró dos veces del puñal insano.

MORTIMER

Mas ¿qué intentáis? [67]

LEICESTER

Que vea a su cautiva;

y hoy mismo la verá, sí; que diez años,
180

bien que la mía dominar presuma,

a penetrar en su alma me enseñaron.

Quizá en bien de la hermana que aborrece

ella misma conspira mal su grado.

De ver a la que envidia aún en prisiones
185

mal se resiste al femenil conato.

Aún empero vacila; al par la veo

frágil, tierna mujer, y audaz tirano,

y acordar a mis votos aparenta

lo mismo que su pecho está anhelando.
190

MORTIMER

¿Y qué bien su coloquio nos ofrece?

LEICESTER

Que de María se enterezca al llanto,

o al menos sin deshonra ya no pueda

al cuchillo librar su cuello infausto.

MORTIMER

Mas si fuere Isabel inexorable,
195

¿qué haréis?

LEICESTER

Cuando no caiga en este lazo

a medio más seguro apelaremos.

MORTIMER

Sólo hay uno, milord.

LEICESTER

¿Cuál?

MORTIMER

Hoy la salvo

si apoyáis mi valor.

LEICESTER

¡Ah! me horrorizo.

¿Queréis...

MORTIMER

Quiero que me abra sanguinario

200

ancha senda el acero hasta su cárcel.

Al generoso golpe preparados

mis amigos están.

LEICESTER

¿Tenéis amigos

del arcano fatal depositarios?

MORTIMER

Sí, ya lo dije, que morir por ella

205

o libertarla juran.

LEICESTER

¡Desdichados!

¡A qué abismo un demente los conduce

y con ellos a mí!... ¿Saben mi arcano?

MORTIMER

No temáis; el designio es todo mío;

y sabría sin vos ejecutarlo,
210

mas la Reina...

LEICESTER

Decid: vuestros parciales

¿oyeron pronunciar a vuestro labio

el nombre mío?

MORTIMER

¡No. No! ¡Qué temores!

¿Sois vos, sois vos el que la adora tanto?

¡Os vale un trono redimir su vida,
215

ya se eleva el patíbulo nefario,

y al ofreceréis imprevisto apoyo

mostráis, no gozo, femenino espanto!

LEICESTER

La precipitación es peligrosa.

MORTIMER

Y la indolencia más.

LEICESTER

Un insensato

220

a inminente peligro sólo puede

vanamente correr.

MORTIMER

Milord, su mano

vos codiciáis; su libertad nosotros.

LEICESTER

En vos ya es excesivo el entusiasmo.

MORTIMER

Y la prudencia en vos.

LEICESTER

Yo los peligros

225

cauto sé prevenir.

MORTIMER

Yo sé arrostrarlos.

LEICESTER

Así podéis perderos.

MORTIMER

O salvarla. [68]

LEICESTER

Norfolk con igual celo temerario

¿la salvó por ventura?

MORTIMER

Mostró al menos

que digno de ella fue.

LEICESTER

Mal entregando

230

fanático al verdugo la cabeza,

mal a la Reina serviréis.

MORTIMER

¿Y acaso

si me aterro al aspecto de la muerte

la serviré mejor?

LEICESTER

¡Joven osado!

¿Dónde os lleva un frenético delirio?
235

¡Violencia! ¡sedición! ¿Sabéis incauto

que innumerables ojos delatores

en torno nuestro son? De Enrique Octavo

¿conocéis a la impía sucesora?

¿ignoráis su poder ilimitado?
240

¿ignoráis que a sus ojos penetrantes,

aunque la vele tenebroso manto,

no hay trama que se oculte?... ¿Oís? Ya viene.

Más tarde nos veremos. Domináos.

Componed vuestro rostro; no declare
245

de mi alma los secretos mal su grado.

Escena IV

LEICESTER. MORTIMER. ISABEL. MELVIL, BURLEIGH. PAULETO. DAMAS.
CORTESANOS. PAJES, ETC.

BURLEIGH
Perdonad si cual súbdito celoso

con tanta libertad, oh Reina, os hablo.

¿Qué designio, qué error aquí os conduce?

¿Cuál es el fermento cortesano
250

que os aconseja así? ¡Ver a María

cuando se acerca ya su fin aciago!

No, no lo haréis; ni consentirlo puedo.

Creedme, no escuchéis en vuestro daño

la voz de la piedad. Más imperioso
255

clama el bien del altar y el del estado.

ISABEL

¿Quién os dijo que verla es mi designio;

que de su carta los dolientes rasgos

triunfan de mi justicia? Mas leyendo

sus súplicas amargas, su quebranto,
260

mal lo puedo negar, los ojos míos

en lágrimas ardientes se bañaron.

He aquí tu mansión, mísera Estuarda;

mansión de aquella que el fugaz halago

leda gozó de la fortuna un día
265

la que en el trono altivo de los galos

ufana se sentó; la que en su diestra

unir pensó tres cetros soberanos.

Vedla. ¡Cuán abatida gime ahora!

Mi corazón se aflige contemplando
270

la nada de las frágiles grandezas,

del trono mismo el esplendor precario

que sañudo el destino impenetrable

extingue a su placer. Tiemblo, me pasmo

viendo tan cerca de mi frente misma
275

de su justicia descender el rayo.

MELVIL

La voz de Dios ¡oh Reina! os habla ahora.

Al impulso ceded involuntario

de vuestro corazón. Estuarda os vea [69]

cual ángel luminoso que del alto
280

baja a ahuyentar la noche de su cárcel.

Vanamente detiene vuestros pasos

la diestra adulación, si ya en el alma

un suplicio abjuráis tan inhumano.

En vano invocan la equidad, las leyes.
285

Declarad que la sangre, los estragos

son horribles, Señora, a vuestros ojos.

El rostro en justa cólera inflamado

mostrad al complaciente consejero,

y de lenguaje cambiará su labio;
290

y esa necesidad tan decantada

huirá cual nube que disipa el austro.

¡Vedla, Señora, por la vez primera!

Nada en favor nos habla de un extraño.

Vedla, y habrá perdón. A vuestro sexo
295

dio el cielo la bondad. El yugo blando

de una mujer Bretaña reconozca.

Si en esta isla el cetro sacrosanto

concede antigua ley a las princesas,

no lo dudéis, legisladores sabios
300

al poder de la excelsa monarquía

hermanar la clemencia desearon.

ISABEL

Basta, Melvil. La Providencia suma

a la duda fatal en que batallo

término dé felice, mi clemencia
305

con el bien de mis pueblos conciliando.

Tal es mi voto y la esperanza mía.

Escuchadme, Leicester. Retiráos.

Escena V

ISABEL. LEICESTER.

ISABEL
Conde, ¿qué meditáis? Turbado os veo,

taciturno, sombrío...

LEICESTER
¿Yo?...

ISABEL
Sí.

LEICESTER

Acaso

310

no sin razón, Señora.

ISABEL

¿Y cuál?

LEICESTER

¡Ay triste!

ISABEL

¿Por qué exhalar suspiros tan amargos?

LEICESTER

¿Vos me lo preguntáis, cuando olvidada

de que un día mi amor os fue tan grato,

de Anjú muy pronto al venturoso duque

315

queréis uniros en perpetuo lazo?

ISABEL

Como amiga os oyera, y ese nudo

lamentara con vos a que el estado

fuerza mi corazón, si como Reina

de vos no me quejara.

LEICESTER

¡De mí! ¿Cuándo...

320

ISABEL

De vos. ¿A qué mansión guiáis mi planta?

¿Cómo sin pretenderlo aquí me hallo?

Pronto dirá al inglés y al orbe todo

la lengua vil del enemigo bando

que a escarnecer en su desgracia vengo
325

a esa Reina infeliz. ¿Así un vasallo,

así atenta Leicester a mi gloria?

LEICESTER

Sí, Señora; yo el móvil me declaro

que a la prisión os lleva de María.

Si este designio de que yo me jacto
330
[70]

juzgáis inoportuno, castigadme;

pero si a vuestro bien que me es tan caro

puede ser útil, o quizá forzoso,

aplaudirlo debéis y ejecutarlo.

Ya sobre su cerviz vuestra cautiva
335

del filo de la ley siente el amago.

Todo el orbe os espía en tal instante.

Mostradle al menos que al severo fallo

cedéis de la justicia y no al acento

de venganza feroz. Mostrad que humano
340

el corazón os habla por María;

que al fin su hermana sois.

ISABEL

No, que si estampo

en su prisión el pie, perdón la llevo.

LEICESTER

¿Quién, Señora, al perdón puede forzaros?

Seréis árbitro siempre de su vida.
345

Inmoladla después a vuestro agrado.

¿Qué digo? En sempiterno cautiverio

Estuarda acabe sus dolientes años.

¿Qué suplicio mayor para una Reina?

No de su muerte el fúnebre aparato
350

arda en furor al insolente vulgo.

Siempre dispuesto a conceder su amparo

al que oprimido juzga, es su delicia

turbar el triunfo del poder humano;

apellida virtud al infortunio;
355

y si a piedad le mueve aún el malvado,

¿qué hará si una mujer, una princesa

es sentenciada al público cadalso?

ISABEL

¡Cuán injusto es el vulgo! Acaso juzga

que yo la muerte de María fraguo
360

porque pálida envidia me devora...

Mas cuando os veo defenderla osado

de mi justo furor; cuando arrogante

conmigo misma que en Bretaña mando

se atreve a combatir, y aún despojada
365

del trono y de la patria no la abato;

no sin razón a la feliz María

podiera yo envidiar. Mientras me aplaudo

de vencer a los Reyes en virtudes,

ella es toda mujer. ¡Y los sufragios
370

merece de las gentes! ¡y la adoran,

la engrandecen mis propios cortesanos

en la presencia mía! ¡y en cadenas

triunfa de mí su orgullo temerario!

LEICESTER

Si queréis abatirlo para siempre,
375

basta que la veáis. No tanto el rayo

la pudiera aterrar, aunque piadosa

entrar os viera a serenar su llanto.

Mostradle entre la pompa y los laureles

el bello rostro que de nuevo ornato
380

vuestra virtud circunda y vuestra gloria. [71]

Oponed vuestros fúlgidos encantos

a su semblante pálido y marchito.

Yo que, aún sin esperanza, fiel os amo

el triunfo cantaré de esa hermosura
385

que sólo al fuego de mi amor comparo.

ISABEL

¡Cuál es vuestro poder sobre mi alma!

Mas Burleigh, buen inglés, ministro sabio,

no verla me aconseja.

LEICESTER

Burleigh... Creo

que el bien de vuestro imperio es su conato.
390

Mas ¿sólo a él inspira vuestra gloria?

Vos misma ¿nada sois? ¡Oh mengua! Un acto

de mera humanidad que honor os manda

¿lo ha de reglar también razón de estado?

Digno es de vos, Señora. Acaso él solo
395

la pública opinión puede ganaros.

Y una vez a esta torre el pie movido,

¿quién creará que Isabel a su palacio

sin verla regresó?

ISABEL

Ver a María

¿no será perdonarla?

LEICESTER

Preguntadlo

400

a vuestro corazón.

ISABEL

¿Sé yo, ¡infelice!

sé yo lo que deseo? Errante vago

de un pensamiento en otro y congojada,

senda no veo en tan horrible caos.

¿Queréis que vea de mi sangre misma
405

en estrecha prisión el duelo amargo?

LEICESTER

No, que vuestra alma generosa y bella

se cubriría de mortal quebranto.

De su negra mansión salga María,

y libre pueda recorrer los atrios,
410

los muros, los jardines. Vuestro encuentro

parecerá un efecto del acaso.

Presente solo yo... Mas vuestros ojos

plácida a mí volvéis. ¡Feliz presagio!

ISABEL

¡Vos lo queréis, Leicester!... Yo debiera...

415

Basta; a vos me abandono. Habéis triunfado.

Acto III

Escena I

MARÍA. ANA.

ANA

Reprimid vuestro júbilo, Señora.

Detened vuestro paso. ¿Qué delirio

os turba la razón?

MARÍA

Deja que goce

de un bien inesperado. ¡Ay! a mi arbitrio

vagar me deja por el ancho alcázar.

5

A mi ansioso mirar pobre recinto

el ámbito del orbe pareciera.

¿No es ilusión? ¿Es cierto que respiro

lejos del hondo calabozo horrible

do viví sepultada? El vasto Olimpo
10

¡cuán sereno! ¡cuán plácido es el día!

¡Ay! deja que se embriaguen mis sentidos

del éter puro, de la luz hermosa.

ANA

¡Ah! no libre os juzguéis. El triste alivio

de más lata prisión sólo os acuerdan.
15

MARÍA

¿Por qué turbas, cruel, mi regocijo?

Deja a lo menos que feliz me sueñe

mientras en cárcel lóbrega no gimo.

Ancho horizonte, espacio interminable [72]

ábrese al fin ante los ojos míos.
20

Mira: aquella es mi patria. ¡Allí la Escocia!

Esas nubes tal vez en raudo giro

ayer cubrieron mi paterno alcázar.

Míralas descender del Norte frío

y a la Francia volar. ¡Nubes felices,
25

saludad a aquel suelo que bendigo,

a aquellas playas que los días vieron

de mi breve niñez correr tranquilos!

ANA
¡Señora!

MARÍA
¡Ah! yo recobro la esperanza

que desterré del pecho dolorido
30

al ver de nuevo ¡oh sol! tu luz radiante.

ANA
¡Mirad que acaso un pérfido enemigo

observa vuestros pasos!

MARÍA
No, no puede

de mi pecho mentir el vaticinio.

Sí, libre me verás, Ana querida.
35

Este leve favor abre camino

a ventura más alta. En mi consuelo

obra la mano de mi fiel amigo,

de mi caro Leicester. Cada día

menos pesados me serán los grillos,
40

y al fin entera me dará piadoso

la dulce libertad por que suspiro.

ANA

¡Al cielo plegue! Pero ¿quién pudiera,

una vez pronunciado el fallo inicuo...

MARÍA

¿No escuchas a lo lejos en el bosque

45

de venatoria trompa el bronco ruido

y al sabueso latir, bramar al ciervo?

¡Oh si dado me fuese a mi albedrío

de un bridón oprimiendo los ijares

en pos lanzarme del venado esquivo!
50

¡Oh dulces, oh belísonos acentos!

¡Cuántas veces sonasteis a mi oído

en los ásperos montes caledonios

que al mundo acuerdan mi esplendor antiguo!

ANA

Pauleto.

Escena II

MARÍA. PAULETO. ANA.

PAULETO

A vos, Señora, nuncio vengo

55

de inesperado insigne beneficio.

MARÍA

¿Qué decís?

PAULETO

¿Escucháis clamor de caza

en la selva sonar?

MARÍA

Tiemblo de oídos.

PAULETO

La Reina viene.

MARÍA

¡Oh cielo!

PAULETO

Vais a verla.

Vuestros votos se cumplen.

ANA

¡Ah! ¡qué miro!

60

Descolorida vuestra regia frente...

PAULETO

¿Teméis su vista? Vuestro labio mismo

mil veces la imploró. Prestadle ahora

toda vuestra elocuencia; que, os lo aviso,

bien la habréis menester.

MARÍA

Mortal espanto

65
[73]

llena mi corazón. ¿Dónde un abrigo

de hoy más hallar contra su fiero encono?

Huyamos...

PAULETO

Esperad en este sitio

a vuestro juez.

Escena III

MARÍA. PAULETO. ANA. MELVIL.

MELVIL

¡Señora!

MARÍA

¿No me engaño?

¡Sois vos, Melvil! ¡Gran Dios!

MELVIL

La mano os pido.

70

MARÍA

De gozo y de inquietud me cubro al veros.

MELVIL

¡No así esperaba en días más tranquilos

a mi Señora ver!

MARÍA

Al fin, decidme,

¿depone ya Isabel su ceño esquivo?

MELVIL
Así lo creo.

MARÍA
Amigo generoso,
75

de constante lealtad nuevo prodigio,

vos a quien sólo mi interés mantiene

a la orilla del Támesis maligno,

¿qué me anunciáis?

MELVIL
Participad, Señora,

de la dulce esperanza que concibo.
80

MARÍA
¿Cuál?

MELVIL

Aquí está la Reina.

MARÍA

¿Y yo he de verla?

No. ¡Jamás!

MELVIL

A su corte me anticipo;

no turbada os sorprenda.

MARÍA

Verla ansiaba.

Mil veces en mi lóbrego retiro

el discurso trazaba lastimero

85

que resonar debiera en sus oídos,

y estudiaba mi voz, mis ademanes

para ablandar su corazón de risco.

Ella va a parecer, y mi ternura,

mi elocuente dolor lego al olvido.
90

Sólo recuerdo su crueldad, mi ultraje;

sólo venganza, indignación respiro.

MELVIL

¡Gran Dios! ¡Qué me decís!

MARÍA

Melvil, lo veo;

con su vista imploraba mi suplicio.

Jamás debí pensarlo; que no hay fuerza
95

capaz de unir su corazón al mío.

No, que hartos son profundas mis heridas;

hartos por esa pérdida he sufrido.

MELVIL

Abandonad tan negros pensamientos.

Sólo considerad que Dios benigno
100

hoy quizá dará fin a vuestros males.

Goza Isabel supremo poderío.

No ya vuestros derechos ultrajados;

su clemencia implorad. Vuestro destino

de ella sola depende, vuestra vida.
105

Humillaos, Señora.

MARÍA

¿Yo? ¡Qué has dicho!

¿Delante de Isabel? ¡Jamás!

MELVIL

Sin llanto [74]

no ha pisado Isabel este castillo.

Yo lo he visto en sus párpados.

MARÍA

A verme

no vendrá sin Burleigh, su atroz ministro.
110

MELVIL

Sólo el conde Leicester la acompaña.

MARÍA

¿Leicester? De su pecho compasivo

no en vano lo esperé.

MELVIL

¡Cómo...!

PAULETO

La Reina.

Escena IV

MARÍA. PAULETO. MELVIL. ANA. ISABEL. LEICESTER. Séquito de ISABEL.

ISABEL

Sola quiero partir. Así consigo

del popular aplauso libertarme

115

que do quiera me sigue enardecido.

Partid. La corte me preceda a Londres.

(Se retira el séquito. ISABEL se dirige a MELVIL y fija los ojos en MARÍA.)

El amor de mi pueblo es ya excesivo.

Así se honra a Dios, no a los humanos.

(MARÍA, apoyada sobre ANA, alza la cabeza al oír estas últimas palabras. Se encuentran sus ojos con los de ISABEL, y aterrada vuelve a apoyarse en el seno de su nodriza.)

MARÍA

¡Ah! ¡Qué yerta mirada! En ella he visto

120

su corazón entero.

ANA

(En voz baja.) ¡Ved que os oye!

ISABEL

¿Quién es esa mujer? ¿Calláis? Decidlo.

(Un momento de silencio.)

LEICESTER

Por nosotros respondan esos muros.

ISABEL

¿Quién osó...? Mal mi cólera reprimo.

LEICESTER

Ya que la suerte a la prisión os lleva
125

de María infelice, oid el grito

de vuestro corazón.

MELVIL

A su morada

Dios santo pudo sólo conducirlos.

Miradla bondadosa. A vuestra vista

ya la amenaza ¡oh Dios! mortal delirio.
130

(MARÍA se esfuerza a marchar hacia ISABEL, mas temblando se detiene a la mitad del camino. Su rostro manifiesta el combate violento de su alma.)

ISABEL

¿Dónde el remordimiento que alegaban?

De su respeto y su humildad ¿qué ha sido?

Una mujer audaz tan sólo veo,

más altanera cuanto más la oprimo.

MARÍA

Pues ya es fuerza, Señora, que me rinda,
135

a esta mengua postrera me resigno.

Huye, impotente orgullo, y no me acuerdes

que en soberano tálamo he nacido.

Humíllate, María, ante las plantas

de aquella misma que forjó tus grillos.
140

El cielo pronunció: su providencia

no os ha acordado el triunfo sin designio.

Sus arcanos altísimos venero.

La mano adoro que elevaros quiso [75]

y a Estuarda confundir. Vos en el alma
145

abrid, Señora, abrid plácido asilo

a la dulce piedad. No ya mi trono;

la ansiada libertad sólo mendigo.

Tendedme ¡oh Reina! la amigable diestra,

que vuestra hermana soy.

ISABEL

El Juez divino

150

digno lugar os da. Por sus bondades

gracias inmensas sin cesar le rindo.

Él me salvó de vuestra saña impía,

y su eterna equidad no ha permitido

que a vuestros pies yo gima sonrojada
155

cual os veo gemir ante los míos.

MARÍA

Instable es la fortuna. A veces abre

al pie del trono horrible precipicio.

Mísera fuisteis y cautiva un tiempo.

Temed, temed del hado vengativo
160

el severo retorno. A la arrogancia

también decreta Dios justo castigo.

Honrándome os honráis. De vuestra gloria

no mancilléis, Señora, el alto brillo

y de Tudor la esclarecida sangre.

165

Me resta una esperanza... ¡Oh del Empíreo

inefable Señor! mueve mi labio,

que en él mi muerte o mi ventura fío.

No a mi clamor seáis roca insensible.

Mientras inmóvil y en mi rostro fijo
170

ese crudo mirar hiele mi sangre,

¿cómo a los ruegos hallaré camino?

ISABEL

¿Y qué diréis? Consiento en escucharos,

y, no al rencor, a la piedad me libro.

Quizá me culpen, que amagó a mi sangre
175

tres veces, lo sabéis, hierro asesino.

(ISABEL se ha acercado a MARÍA. Los dos lores permanecen apartados.)

MARÍA

¿Por dónde principiar? ¿Cuáles acentos

a mi labio prestar en tal peligro?

¿Cómo sin acusaros defenderme?

Inicua fuisteis y cruel conmigo.
180

A vuestra fe me acojo suplicante,

para mi albergue vuestro hogar elijo;

y las sagradas leyes ultrajando

de la hospitalidad, que humilde os pido,

y del trono violando los derechos
185

me encerráis en los muros de un castillo.

De mi excelsa grandeza despojada,

sin parciales, sin siervos, sin auxilios,

yo Soberana conducir me veo

ante la faz de tribunal indigno.

190

Mas cubra eterno velo mis injurias.

Sólo acuso a los hados enemigos.

Mal su grado Isabela me persigue.

Algún genio lanzado del abismo

en nuestras almas engendró la ira,

195

y obra fue lo demás de hombres inicuos.

Si diestras hubo contra vos armadas,

yo jamás provoqué su fanatismo.

Nada resta a mi lengua. Vos ahora

el juez seréis de entrambas. Si han podido
200

ofender a Isabela mis acentos,

tal no ha sido, os lo juro, mi designio.

ISABEL

No mi rigor culpéis. Vuestra desgracia [76]

no imputéis a la saña del destino.

A vos misma acusad, a vuestros celos,
205

y de Lorena al bando fementido.

Blanda paz nos unía cuando Guisa

extendió su codicia a mis dominios,

no satisfecho con mandar la Francia.

Fatal os fue su orgullo. El atractivo
210

él mostró a vuestros ojos imprudente

del trono de mis padres. Él os hizo

con mi sagrado título y mis armas

a la faz de la Europa revestiros,

y el pendón arboló de insana guerra.

215

¿Cuál medio perdonó, cuál artificio

su ambición contra mí? ¿cuál vuestra ira?

¿quién a Roma instigó, quién a Filipo

y a tantos Reyes, quién, para arrancarme

el solio de Bretaña esclarecido
220

que la sangre me diera, y mi denuedo,

y el amor de los pueblos que domino?

Triunfé yo sola de enemigos tantos,

y de Inglaterra los valientes hijos

felices son bajo mi blando yugo.

225

Llenos de mies do quier mis campos miro,

de tesoros sin cuento mis ciudades,

mis reales de soldados aguerridos,

mis arsenales de lucientes armas,

y el Océano pueblan mis navíos.

230

Hija he nacido del Octavo Enrique

y de seguir sus huellas me glorío.

En vano, en vano al ignorante vulgo

se proclama el perjurio, el regicidio.

En vano encarnizada me rodea
235

de lazos la traición y de asesinos.

No triunfará Lorena, que sus tramas

frustrará mi valor y el cielo mismo.

Sañudo amenazaba a mi cabeza,

y a la vuestra prepara atroz cuchillo.
240

MARÍA

Yo me someto a Dios, y por su gloria

bendeciré la palma del martirio.

Mas vos no abusaréis, así lo espero,

de un funesto poder.

(Ahora se acercan LEICESTER y MELVIL a las dos REINAS.)

ISABEL

Si el rayo vibro

contra vos, con ejemplos de Lorena
245

y de Carlos Noveno lo autorizo.

Harta de sangre me mostró su mano

qué fe debe guardarse a un enemigo.

MARÍA

Vos fuisteis móvil del encono nuestro.

¿Por qué sin descender del trono altivo
250

no me reconocisteis heredera?

ISABEL

Sí, proteger debí vuestro partido,

y yo misma a mi pueblo presentaros

cual digna sucesora: yo que aún vivo

y en Inglaterra soberana reino...
255

MARÍA

Reinad. Ya vuestro solio no codicio.

¡Mal dice a mi dolor! Vedme agostada

en la flor de mis años como lirio

que abate el aquilón. ¡No soy mi sombra!...

Venturosa reinad, y a mis suspiros
260

el perdón conceded; que tal intento

os trajo a mi prisión; sí; no imagino [77]

que insultar a su víctima tan sólo

vuestro pecho magnánimo ha querido.

¡Ah! quebrantad mis hierros y de Escocia
265

abridme luego el plácido camino.

Mi dulce libertad por vos robada

recibiré de vos cual beneficio.

¡Hablad ¡hablad! De vuestro labio pendo.

Termine ya mi bárbaro conflicto.
270

¡Ay mísera de vos si a consolarme

tenaz se niega vuestro labio impío!

¡Ay si me condenáis! ¡Qué de tormentos

rasgarán vuestro pecho de continuo!

Por todos los tesoros de Occidente,
275

por cuanto alumbra el Hacedor divino

parecer no quisiera a vuestros ojos

lo que vos parecierais a los míos.

ISABEL

Mas si de vos me duelo, si al impulso

de la piedad que me inspiráis me rindo,
280

si acalla mi clemencia a la justicia,

¿no aguzarán, decidme, esos hechizos,

aún a vuestro pesar, de mil parciales

contra mi seno el pérfido cuchillo?

¿No habrá un nuevo Norfolk que os ame tierno?
285

MARÍA

¡No puedo más!...

ISABEL

Tal vez en su castigo

quien pretenda agradaros escarmiente:

he aquí la esperanza en que confío.

No son todos Norfolk. Saben los hombres

que vuestro amor fatal guía al suplicio.
290

MARÍA
¡Isabel!

ISABEL
Observad aquel semblante,

Conde, observad en él claros indicios

de su interno furor. Lo veis, María;

yo estoy serena y al perdón me inclino.

A vos, decid, ¿por qué tanto os altera
295

el nombre de Norfolk? Mas no me admiro.

Nos escucha Leicester. Y ¡qué! Un día

¿no blasonasteis de su fiel cariño?

Ni es este sólo el descubierta arcano

que vuestro corazón muestra a los siglos.
300

MARÍA

Nunca Estuarda a los ojos de los hombres

mostrar su corazón, nunca ha temido.

Lo ven, me juzgan...; y quizá me acusen;

mas nunca disfrazó mis extravíos

velo impostor, hipocresía infame.
305

¡Ay si de la verdad que siempre animo

luce en torno de vos la antorcha santa!

¡Cuál será vuestra fama!... No la envidio.

MELVIL

¡Oh justos cielos! ¿Y la paz es ésta?

Mirad...

(Se adelanta y se coloca entre las dos.)

MARÍA

¡Oh exceso bárbaro, inaudito
310

de fiero orgullo y de crueldad rabiosa!

¡Oh corazón en la maldad nutrido!

No más, no más callar; basta de oprobio.

Ya el sufrimiento en mí fuera delito.

Dejad, dejad que mi violenta saña
315

lance sin freno, y ponzoñoso filo

sean de la inocencia los clamores

a ese pérfido pecho que abomino.

ISABEL
(A los lores.)

Seguidme.

MELVIL
Reina, su dolor la ciega. [78]

¡Ah! perdonadla. A vuestros pies me humillo.
320

LEICESTER

Abandonad, Señora, estos umbrales;

por el Dios que nos oye os lo suplico.

No la escuchéis. Venid.

MARÍA

Torpe adulterio

al mundo te arrojó. Tu pie maldito

el trono ha profanado de Bretaña,
325

¡hija de Ana Bolena!, el trono invicto

que me usurpas a mí. Yo soy tu Reina,

y tú del orbe entero vil ludibrio

debieras ser, traidora; mas del cielo

la eterna maldición llevas contigo.
330

ISABEL

Hoy mismo se verá, mujer osada,

cuál reina de las dos.

(Parte ISABEL rápidamente. LEICESTER y MELVIL la siguen en la mayor agitación.)

Escena V

MARÍA. ANA.

ANA

¡Ah! ¿Qué habéis dicho?

¿Por qué ultrajarla? ¡Oh Dios! Sañuda parte.

¡No hay esperanza ya!

MARÍA

¡Triunfé! Propicio

me fue el hado una vez. Abro mi tumba,
335

mas no a lo menos sin venganza espiro.

¡Cuánto a mi corazón grata sonaba!

¡De qué terrible peso al fin le alivio!

Huye Isabel ¡oh gozo! y lleva huyendo

fiero puñal en sus entrañas fijo.

340

ANA

¡Oh victoria fatal! ¡oh gozo breve!

Es Reina, y vuestro labio enfurecido

a los ojos la ultraja de su amante.

MARÍA

Sí, de Leicester. ¡Ah! nuevo incentivo

a mi valor prestaba su presencia.

345

Mi triunfo vía en su semblante escrito.

¡Yo reinaba a sus ojos!

ANA

¡Burleigh!

MARÍA

¡Monstruo!...

Huyamos. A su vista me horrorizo.

Escena VI

PAULETO. BURLEIGH. DOS CRIADOS DE PAULETO.

BURLEIGH

¡Oh arrogancia! ¡oh furor! ¡Ante mi Reina!...

Torne a todo el rigor de su destino;

350

torne a gemir en negro calabozo.

Quizá lo suyos traman con sigilo

cruenta sedición. Venid, Pauleto.

Entregadme los pérfidos escritos

a Estuarda por mi orden arrancados.
355

Velad con Mortimer. Ningún aviso

de su bando execrable aquí penetre.

Sospechas tengo ya... Si las confirmo,

¡ay del aleve que a Isabel seduce!

¡Ay, si traidor de su fatal prestigio
360
[79]

abusare en favor de la Escocesa!...

Incauto, ciego corre a su exterminio.

¡Pueda yo descubrir tanto misterio

y castigar a un tiempo dos delitos!

Venid. Salvemos a la cara patria.
365

En el público bien mi gloria cifro.

Acto IV

Escena I

LEICESTER. BURLEIGH.

LEICESTER

¿Qué pretendéis, milord? ¿En tal momento

a la Reina lleváis la atroz sentencia?

¿No teméis que la muerte de María

más se atribuya a la venganza fiera

que al fallo de la ley?

BURLEIGH

Ese lenguaje

5

conviene a vuestro labio; mas la senda

de mi deber conozco. ¡Afortunado

el que obedece fiel lo que le ordena!

¡Afortunado aquel a quien terrible

no le acusa, Leicester, su conciencia!
10

LEICESTER
No sé de quién me habláis. Sólo me guía

el bien de mi nación y el de mi Reina.

BURLEIGH
Dejad, pues otro norte no me rige,

dejad, milord, que a sus impulsos ceda.

LEICESTER
De su gloria celoso...

BURLEIGH
15 Tal os juzga;

tal os juzgaba yo...

LEICESTER
Quien os oyera

tan misterioso hablar y tan sombrío

me imputara tal vez trama sangrienta

contra el reino y el solio, no escondida

del perspicaz Burleigh a la prudencia.
20

BURLEIGH
No sin causa, milord.

LEICESTER
¿Qué osáis decirme?

BURLEIGH
¿Adónde, adónde, crédula Princesa,

sin pudor te arrastraba un temerario?

¡Cuál se burlaba de tu fe sincera!

Ahora comprendo ya qué oculto móvil
25

vuestro labio inclinaba a la clemencia.

LEICESTER

Miserable, seguidme al pie del trono.

Venid, si os atrevéis. Sabrá Isabela...

BURLEIGH

Seguidme vos. Vuestro furor desprecio;

vuestra frágil privanza no me arredra.
30

Escena II

LEICESTER.

¡Oh desgracia fatal! ¿Cómo ha podido

de mis designios rastrear la huella?

Si pruebas ciertas a la Reina aduce [80]

de mi oculta amistad, de mis promesas

en bien de su enemiga, ¡cuál su encono,
35

su venganza será! Si ya penetra

de Mortimer el arrojado intento,

cómplice de él, autor quizá me crea.

Do quier que vuelvo la turbada vista

un precipicio, ¡ay mísero! me cerca.
40

¿Quién es...?

Escena III

LEICESTER. MORTIMER.

MORTIMER
Milord, solícito os buscaba.

LEICESTER
Huid. ¿Qué pretendéis?

MORTIMER
Cobarde lengua

nuestro arcano descubre.

LEICESTER

Entre nosotros

no hay ninguno. Alejaos.

MORTIMER

Ya la nueva

llegó a Burleigh que juventud briosa
45

se prepara a lidiar por la Escocesa.

LEICESTER

¿Qué a mí su muerte?

MORTIMER

Aún más...

LEICESTER

¡Necia porfía!

No os conozco. Dejadme.

MORTIMER

Nadie observa.

¿A qué fingir? Su protector oculto

os declara también fortuna adversa.

50

LEICESTER

¡Cómo...

MORTIMER

Entre los escritos de María,

que de Burleigh sorprende la cautela,

hay una carta para vos trazada...

LEICESTER

¡Una carta! Acabad.

MORTIMER

En ella acepta

vuestro socorro Estuarda, y os promete

55

el corazón y el trono en recompensa.

LEICESTER

¡Oh cielos!

MORTIMER

Urge el tiempo. En tal conflicto

valga la audacia. Prevenir es fuerza

el odio de Burleigh y el alto influjo.

Si es cierto que Leicester tanto impera
60

dentro del alma de la Reina, habladla.

Alejad de nosotros la sospecha.

Conjure vuestra frente inalterable

la tempestad horrible que ya truena.

Ganad en fin un día, un solo día,
65

y acaudillando mi facción tremenda,

de María, lo juro, para siempre

término pongo a la prisión acerba.

Me es conocido el fuerte desde niño.

Hay una puerta lóbrega, secreta
70

que paso nos dará cuando dominen

sobre el callado mundo las tinieblas.

Id: ¿qué aguardáis? Volad, y en tal peligro

vuestro poder, oh Conde, nos proteja.

LEICESTER

(Sí, forzoso será. Para salvarme

75

es el único arbitrio que me resta.)

MORTIMER

Milord, ¿no respondéis?

LEICESTER

¡Hola, soldados! [81]

Escena IV

LEICESTER. MORTIMER. SEIMUR. GUARDIAS.

SEIMUR

¿Qué me ordenáis?

LEICESTER

En nombre de Isabela

prended a ese traidor.

MORTIMER

¡A mí!

LEICESTER

Prendedle,

y de él responderéis con la cabeza.

80

Conjuración atroz he descubierto

que en sangre inundaría a la Inglaterra.

Llevadle. En tanto que a la Reina aviso,

a estrecha cárcel conducido sea.

MORTIMER

¡Pérfido! ¿Y osas tú... Mas bien merece
85

destino tal quien a tu fe se entrega.

Corre, vil desertor, y al pie del trono

perdón imploro tu cobarde lengua.

Corre, infame, y a precio de mis días

tu solo bien rescata; la existencia.
90

Vive, que aún de acusarte me desdeño.

Quien pudo ser capaz de tal vileza

no es digno de morir como un valiente.

Sólo a mi cuello la segur descienda.

Tranquilo en mi prisión la palma aguardo
95

que a la mansión celeste mi alma eleva.

Blanco tú de tenaz remordimiento,

quédate a ser oprobio de la tierra.

LEICESTER

Llevalde. ¿Qué aguardáis?

(Los guardias se llevan a MORTIMER.)

Seimur, escucha.

No temeraria cólera me ciega.
100

A mi sagaz política conviene

de su prisión la pública apariencia.

Sálvate tú, que su valor aplaudo.

Huya en secreto, y cuando el velo tienda

la protectora noche, aquí le espero.
105

Con sus parciales al castillo vuelva.

Escena V

LEICESTER.

A desmentir la acusación terrible

labio osado prevengo y faz serena.

Volemos a Isabel. ¡Oh Dios! Guiada

por el crudo ministro a mí se acerca.
110

Escena VI

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

ISABEL
Conde Leicester, contra mí conspiran.

LEICESTER

Ya lo sabía, y la traición horrenda

os iba a revelar.

ISABEL

¡Vos!

LEICESTER

Yo, Señora. [82]

ISABEL

¿Y a quién de tanto crimen, tanta afrenta

osáis culpar?

LEICESTER

El pérfido vasallo...

115

ISABEL

Sois vos. He aquí un escrito que lo prueba

y os confunde. Leed.

LEICESTER

Es de María.

ISABEL

¿Y qué me respondéis? La audacia vuestra

¿podrá negar que mi rival odiosa

a Leicester confía su defensa?

120

¿que meditando quebrantar sus hierros

de un trono la esperanza os lisonjea?

¿que el deber inmolando a la codicia

vuestro culpable amor el suyo premia?

LEICESTER

En vano me denigra la calumnia.

125

En vano contra mí tiende proterva

lazo tan vil. Efímero es su triunfo

como mi ardiente fe veraz, eterna.

Ese escrito, Señora, que ha dictado

de María el despecho o la demencia,
130

¿qué vale contra mí si alguno mío

su esperanza quimérica no alienta?

Su corazón, su trono me promete.

¿He mendigado yo tan vana oferta?

¡Yo que la desdeñé cuando en su rostro
135

resplandecía cándida belleza,

cuando en aquella frente, ya marchita,

orgullosa ceñía tres diademas!

¿Y a qué su escrito desmentir? Yo mismo

os iba a denunciar lo que revela.
140

ISABEL

¡Qué! ¿vos sabíais...

LEICESTER

El fatal proyecto

que días ha vuestra rival fomenta.

Mi celo, mi ventura lo descubren.

BURLEIGH

¿Por qué temblar no ha mucho en mi presencia?

¿No os acusaba yo? Si la sabíais,
145

por qué callar conjuración tan negra?

LEICESTER

¿Sois acaso mi juez? ¿Con qué derecho

interrogarme osáis? Sólo a la Reina

debo yo responder de mis acciones.

ISABEL

Conde, mal os disculpa la soberbia.
150

LEICESTER

En tanto que él os sirve con palabras,

Leicester su lealtad obrando muestra.

BURLEIGH

Milord, mal grado vuestro habláis ahora.

LEICESTER

Antorcha del estado, esa prudencia

de que tanto os jactáis ¿qué ha descubierto?
155

¿Qué cómplices, decid, la prisionera,

qué medios a su fuga prevenía?

¿Sabíais por ventura que la diestra

del audaz Mortimer, a vuestros ojos,

quebrantar meditaba sus cadenas?
160

¿Sabéis que desertor de nuestro culto

vengar pretende la romana iglesia?

¿Sabéis, en fin, que pérfido se vende

al rencor de Filipo y de Lorena?

ISABEL
¡Burleigh!

LEICESTER
¿Cuál de los dos por el estado
165

más sagaz, más atento se desvela?

¿Quién tan horrible arcano ha sorprendido

del ciego joven a la incauta lengua?

¿Quién de prenderle acaba? Yo.

ISABEL
¿Qué escucho!

LEICESTER
Sí, aquí mismo. La mísera Escocesa
170

mal de la seducción el sesgo idioma [83]

a su imprudente mensajero enseña.

Apenas mueve el labio, en su alma leo.

Velo impostor mi cólera refrena,

que su fatal confianza redoblando,
175

a descubrirme la traición le fuerza.

Para alentarle más, ledo sonrío

al escuchar de Estuarda las promesas;

su amante fiel, su protector me llamo,

y sin freno Leicester os condena.

180

Todo en fin revelado, en triste cárcel

vuestros soldados a mi voz le encierran,

y a pesar de la envidia cortesana

mostrará su castigo mi inocencia.

ISABEL

¡Amarga duda! ¡Abismo impenetrable!

185

BURLEIGH

No. a vuestros ojos inocente sea.

Creedle como yo. Su obra termine.

Si es cierto que a esa pérfida detesta,

probarlo debe. Aconsejó no ha mucho

que su fallo mortal se suspendiera.

190

Ahora que él mismo de traición la acusa,

en horrendo patíbulo fenezca.

¿Leicester, que decís?

LEICESTER

Tal es mi voto.

BURLEIGH

Muera pues.

(A la REINA.) ¿Qué aguardáis? Ved su sentencia.

ISABEL

¡Ah! ¿qué exigís de mí?

Escena VII

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH. MELVIL.

MELVIL

¿Qué hacéis, Señora?

195

BURLEIGH

(¡Contratiempo fatal!)

MELVIL

Mi pecho tiembla.

ISABEL

El amargo suplicio de María

me fuerzan... a signar...

MELVIL

¿Quién, ¡oh insolencia!

quién a su Soberana dicta leyes?

Aun en vuestra alma la acerada flecha
200

clavada está de atroz resentimiento.

¿Y en hora tan terrible, ¡oh Dios! intentan

que su muerte signéis? ¡Ay! a la ira

al menos la razón primero venza.

BURLEIGH

Sí, y esperad que a vuestro seno lleve
205

homicida puñal.

MELVIL

La Providencia

que tantas veces os libró del hierro

más que Burleigh por vos sin duda vela.

¡Ah que no en las traiciones, no en la vida

de una infeliz que gime prisionera
210

vuestro peligro está, sino en su muerte!

Viva la olvidan; la vengarán muerta.

No la enemiga ya del nuevo culto;

de sus ínclitos Reyes la heredera

en Estuarda verían vuestros pueblos,
215

de aleve saña víctima funesta.

No, no la inmolaréis de vuestros días

mancillando la fúlgida carrera.

La voz terrible que a los Reyes juzga

cuando descienden a la tumba yerta,
220

cuando a par de la pérfida lisonja

desparece el terror que el alma hiela, [84]

temed no de Isabela el claro nombre

cupra algún día de eternal afrenta.

Temed no el hombre en los futuros años
225

horrorizado vuestra historia lea.

Dios vengador... ¿Tembláis? ¡Dichoso auspicio!

Mi lloro humilde vuestras plantas riega.

Si por Estuarda no, por vos, Señora,

el corazón abrid a la clemencia.

230

ISABEL

¡Melvil! ¡Qué de tormentos en mi alma!

¿Por qué hierro traidor no abrió mis venas?

No ya forzada a castigar un crimen,

no al crudo murmurar de plebe inquieta

mi nombre abandonado, ¡cuán tranquila

235

en el oscuro túmulo durmiera!

Ya la vida me cansa y la corona.

Si es forzoso que yo mi sangre vierta

o María infelice, pues la suerte

por el bien de Bretaña lo decreta,
240

Bretaña elija. Doblaré mi cuello.

O si a inmolarme su piedad se niega,

volveré a mi destierro, al quieto asilo

que vio crecer mi juventud primera;

do lejos de esta pompa envenenada
245

en mí misma encontraba mi grandeza.

Gozosa a Albión regía cuando sólo

bienes sin cuento derramaba en ella.

Ahora que es fuerza ensangrentar mis manos,

no sé reinar; renuncio a la diadema.

250

BURLEIGH

Traidor seré a la patria y a vos misma

si criminal piedad mi labio sella.

¿Sois vos, Señora, vos, hija de Enrique,

quien habla de reposo? Antes debierais

el nuestro asegurar; el de ese pueblo

255

que corriera sin vos a ruina cierta.

Mi ruego oid. De vuestra fama digna

más justicia mostrad; menos flaqueza.

Extinga para siempre un solo golpe

de la discordia la fatal hoguera,
260

las tramas, las facciones que María

aún en su cárcel sin cesar renueva;

y, firme escudo de las santas leyes,

al trono salvaréis y a la Inglaterra.

ISABEL

Pocos momentos con mi pena amarga

265

dejadme en soledad, y antorcha sea

que me ilumine en tan terrible caos

aquel Supremo Juez que nunca yerra.

(Los lores se retiran al fondo del teatro. LEICESTER y MELVIL al retirarse miran a la REINA con inquietud y como sin esperanza.)

Escena VIII

ISABEL.

Voz del pueblo que el solio tiranizas,

ídolo vil que mi poder enfrenas,
270

¿tu esclava seré yo? Cobarde el labio

¿desmentirá lo que mi pecho anhela?

Reino, mas aún en torno de Bretaña

siento rugir la tempestad horrenda.

Engañosa amistad me vende el galo;
275
[85]

el fiero Noto que rompió sus velas

segunda vez el español arrostra;

Sixto fulmina airado el anatema;

hidra fatal la renaciente Liga

su cara Estuarda por do quier me muestra,
280

fantasma aterrador... ¡No más! La hora

de su muerte llegó. Caiga, perezca,

y mi temor con ella se sepulte,

y renazca en Albión la paz risueña.

Mas, ¡ay! fuérame dado exterminarla
285

¡sin eclipsar mi gloria! «Es extranjera,

es mísera, es mujer, nació de Reyes;

la sangre de Isabel hierve en sus venas;

tantos años de cárcel y dolores

harto la han castigado, harto te vengan:»

290

así lenguaz exclamará la envidia.

¡Qué! ¿vivirá la que a mi vida atenta,

la que tiende sus lazos seductores

hasta en mi corte misma, la perversa

que a Leicester... ¡Traidor! Mal tu falacia

295

resistirá tal vez la amarga prueba

que te previene mi ofendido orgullo.

¿Y aún puedo vacilar? Estuarda muera.

(Se acerca a la mesa, toma la pluma, va a firmar la sentencia y se detiene.)

¡Gran Dios! Tiembla mi mano y me parece

que en sus entrañas el cuchillo ceba.
300

Me mira el mundo. ¡Ah! ¡No!

(Calla un momento.)

¡Cuál me insultaba

delante de Leicester la altanera!

¡Débil esfuerzo de impotente furia!

Quizá su triunfo y mi derrota sueña...

Su triunfo, ¿y reino yo?

(Vuelve a tomar rápidamente la pluma.)

¡Fruto me llama
305

de execrable adulterio! ¡En mi cabeza

profano altiva el usurpado solio!

¡Desventurada! Cuando tú descieras

a la callada tumba, hija de Enrique

legítima seré, mi oprobio cesa.
310

No hay elegir, ya no. Bretaña es mía.

(Firma con entereza y velocidad.)

Tu sangre odiosa mis derechos sella.

(Apenas ha firmado cae la pluma de su mano, y ella sobre el sillón como aterrada. Un momento después se recobra. Hace seña a un paje para que deje entrar a los lores, que permanecían fuera del salón, pero siempre a la vista del espectador.)

Escena IX

ISABEL. LEICESTER. MELVIL. BURLEIGH.

ISABEL
Acercáos.

MELVIL
¡Oh Dios! Yo me estremezco.

ISABEL
Burleigh, el fallo a vuestras manos vuelva. [86]

En él leeréis la suerte de María.
315

BURLEIGH
(Después de mirar la firma.)

Su muerte.

LEICESTER
(¡Oh cielo!)

MELVIL
¡Mísera Princesa!

ISABEL
(Mirando fijamente a LEICESTER.)

A vos, Leicester, cuyo noble pecho

tanto rencor contra María alberga,

tanto amor a Isabel, a vos elijo

para cumplir mi voluntad suprema.
320

LEICESTER
¡A mí!

ISABEL
Sí, a vos.

LEICESTER
Tan inhumano cargo

mal conviene, Señora, a la grandeza

donde os plugo magnánima elevarme.

Confiarlo a Burleigh más justo fuera.

ISABEL
Lo partirá con vos.

MELVIL
Reina, por siempre
325

Melvil de vuestra corte se destierra.

En tanto que del vuestro el pecho mío

esperaba piedad, morar en ella

grato me fue. Vuestra virtud amaba

y no vuestro poder. Amarga ofensa
330

ya fueran para mí vuestros favores.

¡Adiós! Seguid la perniciosa senda

que os trace la lisonja cortesana.

Sorda os mostráis a la verdad austera,

y un siervo fiel María necesita.
335

Lejos ya de la pompa que os rodea,

torno a mi Reina; y pues en vano quise

romper sus grillos, terminar sus penas,

en el amargo trance de la muerte

corro a darle socorro y fortaleza.

340

Escena X

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH.

BURLEIGH
¿Sufrís...?

ISABEL

Bien que me ultraje, no le culpo,

que la santa virtud mueve su lengua.

Temblaba mi alma al escuchar su acento,

y aún, mal su grado, estremecida tiembla.

Al fin signé la muerte que anhelabais;
345

mas aún vive María. La sentencia

no es el golpe mortal. Ahora a vosotros

apresurarla o diferirla resta.

En vuestras manos pongo su destino.

Nunca de ella me habléis. Ora cruenta
350

su triste cuello la segur divida,

ora alcance perdón, a la Inglaterra,

responsables seréis, y al orbe todo.

De estas murallas el dolor me aleja.

Vuestro deber cumplid. Adiós. [87]

Escena XI

LEICESTER. BURLEIGH

BURLEIGH

Seguidme.

355

LEICESTER

¡Tened, Burleigh! Su voluntad incierta...

BURLEIGH

El decreto la anuncia.

LEICESTER

¡Ah! no a mis ojos.

BURLEIGH

Si es crimen dar la muerte a una proterva,

culpádmelo sólo a mí: yo lo consiento.

Seguidme a la prisión. Su suerte sepa.

360

Esta noche...

LEICESTER

¡Esta noche! ¡Dios piadoso!

BURLEIGH

De su vida será la postrimera.

LEICESTER
¡Milord!

BURLEIGH
¡Inútil compasión! Leicester,

ved que Isabel vuestra conducta cela.

Mirad por vos. ¡Temblad!

Escena XII

LEICESTER.

¡Oh Dios benigno!

Protege de María la inocencia.

Si es libre Mortimer, aún esta noche

puede al verdugo arrebatarse su presa.

Antorcha celestial guíe sus pasos

y dé victoria a su valiente diestra.

370

Acto V

Escena I

MELVIL. ANA.

(ANA viste de luto.)

ANA
¡Vos aquí! ¿No me engaño?

MELVIL
Esos sicarios

me otorgan tan amargo privilegio;

lo otorgan a los siervos de María

que no vieron su faz en tanto tiempo.

ANA
¡Oh cielo!

MELVIL
Conducid ante sus plantas
5

a un súbdito leal.

ANA

Es el momento

que en soledad austera y religiosa

alza sus preces últimas al cielo.

Dignaos esperarla. El crudo golpe

ya ve amagar a su inocente cuello;
10

ya despedida del mezquino mundo

toda se entrega al Hacedor Supremo.

¡Oh noche de dolor! ¡oh desventura!

MELVIL

Enjugad ese llanto. Nuestro pecho [88]

de la común angustia exento sea
15

hasta cumplir nuestro deber extremo.

En tanto que de lágrimas ardientes

su familia infeliz inunda el suelo

toca a nosotros afirmar su huella

de la mansión celeste en el sendero.
20

ANA
¡Melvil!

MELVIL
¿Cómo, decid, oyó María

la infausta nueva de su fin acerbo?

ANA

¡Ay, que nueva más plácida esperaba!

MELVIL
¿Qué decís?

ANA
De esta noche en el silencio

el bravo Mortimer con sus parciales
25

romper debía sus indignos hierros.

Esperanza falaz nos halagaba

y este invencible amor que nuestro seno

a la existencia guarda, aunque infelice.

El más leve rumor nos daba aliento.
30

Suena la puerta. «¡Mortimer! ¡amigo!»

iba a exclamar la Reina. Era Pauleto

nuncio funesto de la atroz sentencia.

MELVIL
¡Justo Dios!

ANA
¡Oh constancia sin ejemplo!

Óyela Estuarda resignada y fuerte,
35

sin palidez, sin lloro, sin lamentos.

Mas al oír del hombre fementido

a quien incauta sometió su pecho

la bárbara traición, llora angustiada;

de tanta ingratitud sucumbe al peso.
40

MELVIL
¡Oh culpable Leicester!

ANA
¡Oh perfidia!

¡Y a Mortimer delata!

MELVIL
Ese mancebo

del traidor que le vende y aprisiona

víctima no será.

ANA
¿Qué escucho! ¿Es cierto?

MELVIL
Huyó.

ANA
¡Gran Dios! No pierdo la esperanza.

45

MELVIL

No esperéis salvación de humano esfuerzo.

Implorad la eternal. Otra no resta.

Escena II

ANA. MELVIL. CRIADOS DE MARÍA DE AMBOS SEXOS.

(La servidumbre viene vestida de negro.)

MELVIL

Mas ya anuncia ese fúnebre cortejo

a la Reina infeliz. ¿Tembláis, señora?

ANA

¡Qué! ¿ya la guían al cadalso horrendo?

50

¿Ya desciende al oscuro subterráneo

do la infame Isabel...?

MELVIL

Calmad, os ruego,

calmad vuestro dolor.

ANA

¡Ay! ¡Yo te he visto,

execrable mansión, y a tal aspecto

no han cegado mis ojos! Enlutadas

55

las paredes del lúgubre aposento,

los feroces soldados, el cadalso,

la segur, el verdugo... ¡Ah! Me estremezco.

MELVIL
Ella viene. Callad.

ANA
¡Hora terrible! [89]

Escena III

MARÍA. ANA. MELVIL. CRIADOS de ambos sexos.

(Preceden a MARÍA otras mujeres, vestidas también de luto y en la mayor aflicción. La REINA viene vestida de blanco y con la corona real en la cabeza.)

MARÍA
¿Por qué tanto gemir y tanto duelo?
60

¿Por qué llorarme cuando Dios benigno

va a terminar mi largo cautiverio?

No, no; regocijaos, que, ya libre,

la inefable morada abierta veo.

Cuando sepulta en tenebrosa cárcel
65

blanco a la saña fuí y a los desprecios

de una mujer feroz, merecedora

entonces fuera yo de llanto acerbo.

La muerte amiga y el perdón celeste

purgan mi alma. En el trance postrimero
70

Dios engrandece al miserable humano

a quien antes postraba el hado adverso.

Renace en mí la plácida esperanza,

y, de noble altivez henchido el seno,

torna a mis sienes la real diadema.

75

(Da algunos pasos y ve a MELVIL.)

¡Melvil! ¡Sois vos! ¡Afortunado encuentro!

¿Vuestra piedad no cansa mi infortunio?

Levantaos, ilustre caballero.

De un súbdito a quien amo la presencia

me inunda el alma en bienhechor consuelo.
80

¡Bendición a mi Dios que os ha elegido

testigo digno de mi fin sangriento!

Pues la antorcha católica os alumbra,

vuestro apoyo me dad.

MELVIL

Tal es mi anhelo;

probaros mi lealtad hasta en la muerte.
85

MARÍA

Ya que lejana de la patria muero,

mi adiós amargo, mi memoria extrema

llevad a mis amigos y a mis deudos.

Saludo al Rey francés y le bendigo;

a Guisa, defensor de mis derechos;
90

a Lorena; ...a otros ciento cuyos nombres

dirá el escrito fiel que os encomiendo.

En vez de oro y estados, por herencia

mi tierno amor, mi gratitud les dejo.

MELVIL
Así lo cumpliré.

MARÍA
¡Séales grato
95

este don de amistad, cual yo lo espero!

(Volviéndose a los criados.)

Del Rey de Francia en vuestro bien imploro

la augusta protección. Id a su reino;

segunda patria os sea, y para siempre

de Albión huid el maldecido suelo.
100

No al britano orgulloso que me oprime

deleite un día el infortunio vuestro;

no en vosotros me ultraje y me persiga

mas allá de la tumba. Huid os ruego;

juradme abandonar estas riberas
105

no bien exhale mi postrer aliento. [90]

MELVIL
Lo juramos.

(Todos tienden la mano en señal de juramento.)

MARÍA
Yo misma entre vosotros

de mi antigua opulencia el pobre resto

acabo de partir. Ana querida,

el oro a tu amistad no es digno precio.
110

Tu tesoro más grato es mi memoria.

He aquí el don de amor que te reservo.

Dulce tejido que labró mi diestra,

testigo fiel de mi dolor secreto,

¡ay, cuántas veces te regó mi llanto!
115

Con él, ¡oh amiga! hasta el sepulcro yerto

tu cara mano cubrirá mis ojos.

¡Triste, amargo servicio! Mas yo quiero

recibirlo de ti.

ANA

¡Buen Dios!

MARÍA

Mis fieles,

oid de Estuarda el postrimer acento.
120

¡Adiós! No sollocéis. En el Empíreo

un día, así lo aguardo, nos veremos.

Muero en la fe católica, y no rea

del crimen que me imputan. Dios inmenso

que mi paciencia veis, yo os la consagro.
125

¡Pueda con ella reparar mis yerros!

Llegad, llegad Melvil; sobre mi frente

extended esa mano que venero.

La bendición de respetable anciano

es bendición de Dios. Antes mi siervo,
130

sed su intérprete ahora y su ministro.

Cual doblasteis un día ante mi cetro

la obediente cerviz, a vuestras plantas

hoy humilde y contrita me prosterno.

(La REINA se arrodilla delante de MELVIL, y todos se alejan.)

MELVIL
María, Reina ayer, mártir ahora,
135

pues plugo al Creador del universo

la carrera abreviar de vuestros días,

volad serena a su regazo tierno.

Ya el crisol de la austera penitencia

purga de inmunda liga el oro terso.
140

Ya la paz del Altísimo brillando

la vía os abre del celeste asiento.

¡Alma cristiana, adiós! Yo te bendigo.

¡Adiós! En las entrañas del averno

ruge Satán, y la divina gracia
145

desciende a ti del alto firmamento.

(PAULETO aparece a la puerta. MELVIL va hacia él. MARÍA permanece arrodillada y en profunda meditación.)

ANA
¿Qué ruido escucho? (Mortimer acaso...)

MELVIL
(Volviéndose hacia MARÍA.)

¿Habéis, Señora, el ánimo dispuesto

al tránsito fatal?

MARÍA
Venga la muerte.

Sólo en mi corazón a Dios albergo,
150

y por siempre en sus aras sacrífico

toda humana pasión.

MELVIL

Ya pues sin riesgo

a Leicester veréis. Desea hablaros:

le acompaña Burleigh. [91]

Escena IV

MARÍA. Su séquito. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO.

(LEICESTER y BURLEIGH se habían detenido un momento en el foro. LEICESTER permanece retirado sin levantar los ojos.)

BURLEIGH

Deber severo

me guía a vos. En nombre de mi Reina
155

a obedecer vuestros mandatos vengo.

MARÍA

Soy grata a su bondad. En un escrito

ya he trazado de mi alma los deseos.

En cuanto a mí, pues reposar no deben

mis reliquias, milord, en vuestros templos,
160

no negaréis que a Francia y a los míos,

mi más caro anhelar Melvil cumpliendo,

lleve mi corazón. ¡Dulce ribera

do mis días más plácidos corrieron,

en este corazón siempre moraste!
165

BURLEIGH

¿No me imponéis, Señora, otro precepto?

MARÍA

Saludad en mi nombre a vuestra Reina;

decidle adiós: mi corazón sincero

la abraza y la perdona. Amargo lloro

anega vuestra faz, noble Pauleto.
170

El contagio letal de mi infortunio

vuestras canas aflige. ¡Ay! a lo menos

romper los hierros Mortimer alcanza

do cayó por salvarme a mi despecho.

Que conserve su vida. Acaso aún piensa
175

en Estuarda infeliz; aún su ardimiento

forma en mi bien designios generosos.

Inútiles son ya. Dios le dé premio.

Escena V

MARÍA. SU SÉQUITO. ANA. MELVIL. LEICESTER. BURLEIGH. PAULETO. EL SHERIFF.

(La puerta permanece abierta. Algunos soldados aparecen a la parte exterior.)

MARÍA

¿Por qué te agitas, Ana, y te estremeces?

¡Valor! Llegó el instante, y yo no tiemblo.
180

No tu angustioso llanto me enternezca

en el postrer adiós: sigue mi ejemplo.

Del mundo engañoso entre tus brazos

menos amargo me será el destierro.

(A BURLEIGH.)

Aún os pido otra gracia; es la postrera:
185

que me siga hasta el hondo mausoleo.

Su mano abrió a la luz los ojos míos;

ella los cierre a perdurable sueño.

BURLEIGH

Vos lo queréis... Será.

MARÍA

No más. Partamos.

Si un alma arrepentida ¡oh Dios eterno!

190

[92]

merece bien de ti cual la inocencia,

abre a mi fe tu omnipotente seno.

(Al partir encuentra a LEICESTER. Tiembla: se doblan sus rodillas. LEICESTER la sostiene volviendo la cabeza porque no puede arrostrar su vista. La REINA le mira un momento con gravedad y en silencio.)

Para salir de mi prisión, oh Conde,

apoyo me ofrecisteis; bien me acuerdo.

¡Cumplís vuestra palabra!

(LEICESTER permanece abismado en el dolor. La REINA continúa con dulzura.)

Sí, Leicester,
195

de recobrar mi libertad, mi imperio,

la esperanza halagüeña en vos un día,

en vos solo cifraba; y, no lo niego,

era bálsamo dulce a mis dolores

mi redentor soñaros.

LEICESTER

(¡Oh tormento!)

200

MARÍA

Ya preparada a abandonar la tierra,

ya que a los reinos del Empíreo vuelo

y otra pasión mi espíritu no agita

que el amor de mi Dios; Conde, bien puedo

mi pasada flaqueza confesaros.

205

Siempre os amé: sin mengua lo revelo.

Adiós. Vivid dichoso. Vuestro orgullo

quiso a dos Reinas agradar a un tiempo,

y al insidioso el corazón amante

osó inmolar vuestra ambición sin freno.
210

Adorad a Isabel, ¡y Dios no quiera

que venga mi baldón vuestro escarmiento!

Ana, Melvil, seguidme. Adiós, mortales.

Extranjera ya soy en vuestro suelo.

(Parte la REINA en medio de ANA y MELVIL. El SHERIFF la precede. BURLEIGH, PAULETO, todos la siguen, excepto LEICESTER.)

Escena VI

LEICESTER. SEIMUR.

LEICESTER

¡Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto
215

no baja el rayo en espantoso trueno!

¡Ven, vuela, Mortimer! Sólo un instante...

¡Ah! ¡Seimur! Habla.

SEIMUR

(Llegando.) Mortimer es muerto.

LEICESTER
¡Oh Dios!

SEIMUR
220 Con sus amigos generosos,

franco ya el muro a su marcial denuedo,

por vía oculta al calabozo vuela.

Imprevisto escuadrón lleva a su encuentro

de Burleigh la incesante vigilancia.

¡Todos han perecido combatiendo!
225

Venid; huyamos, Conde. En Inglaterra

gran peligro corréis. Al mar, al viento

la vida encomendada. Fieles amigos

os seguirán a climas extranjeros.

LEICESTER
(Sin oír a SEIMUR.)

¡Reina execrable! ¡Bárbara Isabela!
230

¡He aquí, prudencia humana, tus efectos! [93]

¡Mal haya mi política afanosa!

¡Mal haya mi ambición! Yo la detesto.

Mueres, María, y en mi pecho ingrato

cual nunca enciendes amoroso fuego.
235

¡Ay dolor!... Mas ¿qué digo, miserable!

¿Yo amor? ¿ternura yo? ¿Cobarde cedo

a femenil piedad? Ahoga en tu alma,

¡monstruo! ahoga el atroz remordimiento;

acaba de sumirte en el oprobio
240

consumando tu crudo ministerio;

baja a gozar de Estuarda en la agonía,

y arma tu corazón de triple acero.

(Fuera de sí marcha rápidamente hacia la puerta por donde salió MARÍA, y se detiene de
improviso.)

En vano, en vano con osada planta

esta puerta fatal pasar intento.
245

¿Cuál infernal horror hiela mi sangre?

¡Huyamos! ¿Oyes? El suplicio fiero

bajo mis plantas se prepara. ¡Huyamos!

Tan negra imagen sostener no puedo.

(Quiere salir por otra puerta lateral y la encuentra cerrada.)

¡Ay, que mis pasos a la fuga cierra
250

un ángel vengador! Dios justiciero,

¡cuál me castiga tu tremenda saña!

¿Dónde ocultarme, dónde? En son funesto

oigo la voz que dicta su sentencia.

La exhortan. Habla ahora ¡Oh dulces ecos!
255

Silencio impone. Orar desea. Callan.

¿Quién sabe, ¡ay triste! si en ferviente ruego

a Dios pide perdón de mi perfidia?

Sordo murmullo en la asamblea sienta.

Solloza la afligida servidumbre...
260

Ya nada escucho... ¡El golpe! Yo fallezco.

(Ha pronunciado este final con progresiva angustia; antes de las últimas palabras se ha detenido un instante, y al articularlas cae sin movimiento en los brazos de SEIMUR.)

Hasta aquí la versión ajustada al original; mas para lograr el exsequátur de la censura, sobrado suspicaz y no muy ilustrada en aquellos tiempos, fue preciso inventar otro final, más grato quizá para la generalidad de los espectadores, pero menos conforme a la verdad histórica y a las reglas del arte; y como con esta variante se ha continuado representando la tragedia, y así ha corrido impresa, el autor lo pone a continuación por si todavía lo prefiere alguna empresa teatral.

VARIANTE.

Escena VI

LEICESTER.

¡Y yo vivo! ¡Yo vivo, y desde el alto
215

no baja el rayo en espantoso trueno!

¡Reina execrable! ¡Bárbara Isabela! [94]

¡He aquí, prudencia humana, tus efectos!

¡Mal haya mi política afanosa!

¡Mal haya mi ambición! Yo la detesto.
220

Mueres, María, y en mi pecho ingrato

cual nunca enciendes amoroso fuego.

¡Ay dolor! Mas ¿qué digo, miserable!

¿Yo amor? ¿ternura yo? ¿Cobarde cedo

a femenil piedad? Ahoga en tu alma,
225

¡monstruo! ahoga el atroz remordimiento;

acaba de sumirte en el oprobio

consumando tu crudo ministerio;

baja a gozar de Estuarda en la agonía,

y arma tu corazón de triple acero.
230

(Fuera de sí marcha rápidamente hacia la puerta por donde salió MARÍA y se detiene de
improviso.)

En vano, en vano con osada planta

esta puerta fatal pasar intento.

¿Cuál infernal horror hiela mi sangre?

¡Huyamos! ¿Dónde? ¿dónde? ¡Oh si en su centro

la tierra me abismara! ¡Cuánto tardas
235

venganza del Señor! En son funesto

quizá ya dictan tu feral sentencia,

malograda Princesa. El golpe fiero...

¡Ah! suspende tu brazo sanguinario,

ministro del furor. Al crudo hierro
240

he aquí más digno blanco en mi garganta.

Ven; ya la vida soportar no puedo.

¡Qué! ¿no tengo una espada y una mano

que escondan mi ignominia al universo?

¡Adiós, María; adiós, Reina adorada!
245

Ya a la anhelada tumba te precedo.

(Desenvaina la espada.)

Escena VII

LEICESTER. SEIMUR.

SEIMUR
¡Milord!

LEICESTER
¿Quién...? ¡Ah, Seimur!

SEIMUR

¿En fiera lucha

no oís sonar las armas a lo lejos?

Mortimer...

LEICESTER

¿Feneció?

SEIMUR

Vive y combate.

LEICESTER

¡Gran Dios!

SEIMUR

Ya el muro a su valor abierto,

250

por vía oculta al subterráneo vuela;

síguenle cien valientes caballeros;

tiembla a su vista el hórrido verdugo,

y la segur depone...

LEICESTER

¡Ah! ¿Será sueño?

María...

SEIMUR

Entonces de Burleigh la diestra...

255

LEICESTER

Acaba.

SEIMUR

Osa blandir puñal crüento,

y bárbaro en el seno lo sepulta

de la Reina infeliz.

LEICESTER

¡Tigre!... Yo muero.

SEIMUR

Espira en brazos de su fiel nodriza.

En torno de Burleigh por breve tiempo

260

[95]

la escolta funeral lidia animosa;

la arrolla Mortimer, y en sangre envuelto

Burleigh muerde la tierra agonizando,

y a la región desciende del averno.

LEICESTER

¡Oh Providencia justa!

SEIMUR

Nuevas armas,

265

que Burleigh esperaba, en tal momento,

no ya a su amparo, a su venganza vuelan,

y la pugna civil arde de nuevo.

En tanto yo impaciente os aguardaba,

oculto espectador. Venid. Resuelto
270

a perecer estoy a vuestro lado.

LEICESTER

Sígueme, sí, y airados combatiendo,

y aplacando los manes de María,

el baldón de mi nombre lavaremos.

De hoy más, vana ambición de altivo solio,
275

en ambición de gloria te convierto.

Gloria es vengar la cándida inocencia,

¡que iluso abandoné! Torrente inmenso

inunde a Albión de regicida sangre.

¡Temblad, temblad, verdugos, que instrumento
280

me elige Dios de su eternal justicia!

He aquí el terrible centellante acero

que quise hundir cobarde en mis entrañas.

María, ¡augusta mártir!, yo te ofrezco

más alta expiación. Morir te juro;
285

mas tu suplicio vengaré primero. [96]

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

